





*El gozo y la esperanza de
la primavera eterna*

Pregón de las Glorias 2023

Mario Daza Olaya



*A mi familia,
de la que he heredado
el amor a Sevilla y
a la Santísima Virgen.*



Consejo General
de Hermandades y Cofradías
de la Ciudad de Sevilla

De los textos: © MARIO DAZA OLAYA, 2022

De la edición © CONSEJO GENERAL DE HERMANDADES Y COFRADIAS DE SEVILLA,
2023

Autor de la portada © Ricardo Gil.

Autores de las ilustraciones © Daniel Franca, Carles Salafranca, Rubén Terriza,
Juan Antonio Aguilar, Luis Rizo, José Carlos González, Juan Fernández Robles,
Elena Montero, Rafael Laureano, Carlos Peñuela y Ricardo Gil.

Primera edición: Mayo de 2023

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial
de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o
por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u
otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

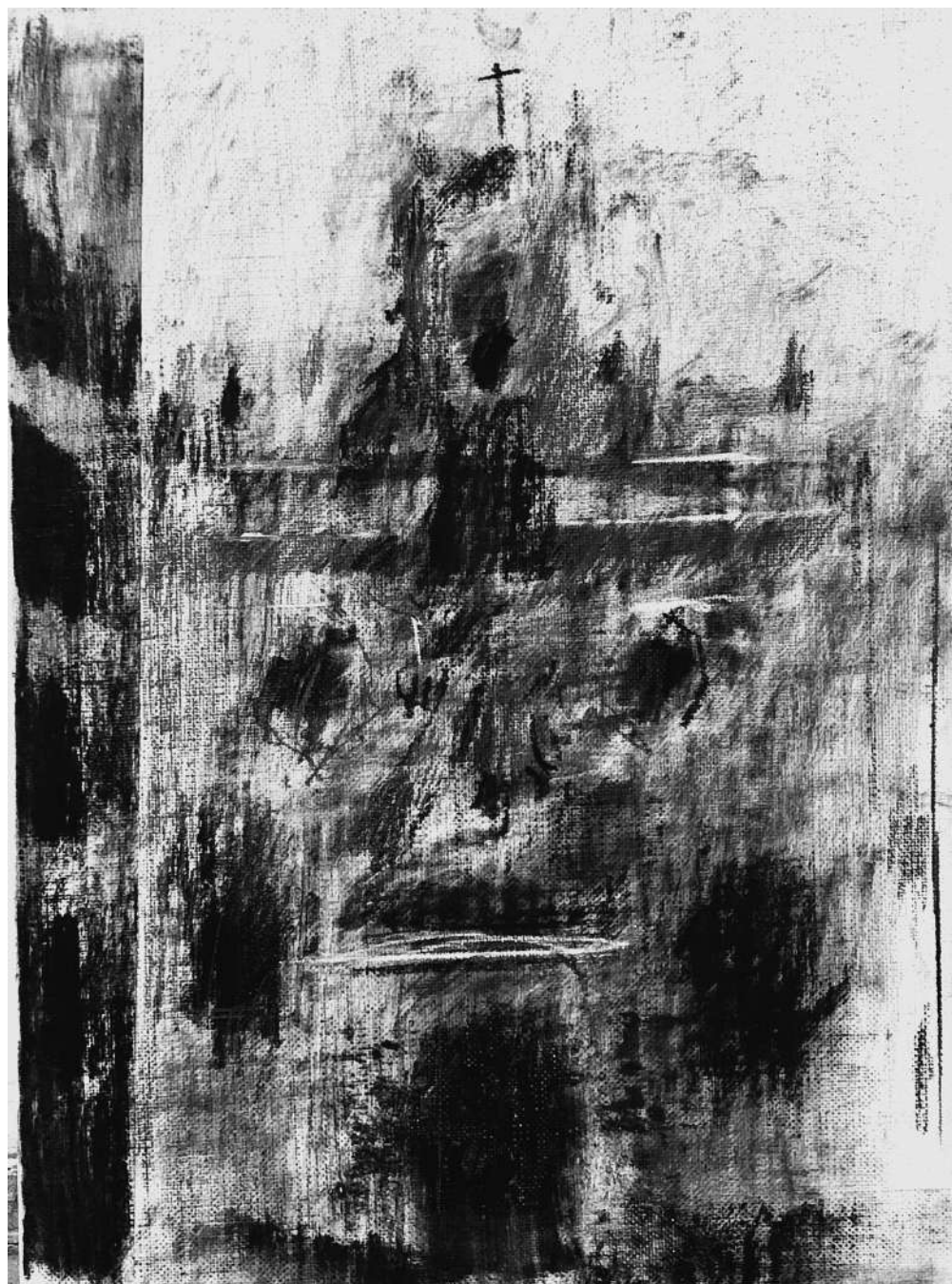
Imprime: PÁGINAS DEL SUR S.L.

Depósito Legal: SE-775-2023

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice

Introducción.....	9
1.El “nomadejado” de Sevilla.....	21
2.El faro que alumbró mi vida.....	31
3.El sentido del encuentro y del abrazo.....	43
4.Anhelo el Rocío de tu gracia.....	55
5.La fugacidad del tiempo.....	65
6.Todos los caminos nos llevan a Dios.....	75
7.Mi vida en manos de María.....	87
8.El ejemplo de San José Obrero.....	105
9.Rosario de la alegría.....	117
Epílogo.....	127



Daniel Franca

Introducción

Busco tu gloria, Sevilla
cuando mi Aurora es ocaso
cuando la ojiva mudéjar
y el corazón lasaliano
se hacen hogar para Dios
como divino sagrario,
donde el mortero y la piedra
besan la plata del palio,
cuando Ella viene de vuelta
por San Luis y por San Marcos,
cuando el sol de ese Domingo
va entre la malla jugando,

y en las notas de Amarguras
con que se arrían sus zancos,
para que todo termine
y volver a comenzar.

Busco tu gloria, Sevilla
entre nazarenos blancos
que allá por Santa Marina
la Pascua van proclamando.
Son ellos los que nos cuentan
que la muerte fue un fracaso
porque triunfó la Esperanza
y se entregó por salvarnos.
Por eso es que yo la busco
en tu llaga del costado,
entre tus brazos abiertos
que quisieran abrazarnos.
En ti, Señor de la Vida,
que cumples cincuenta años
anunciándole a esta tierra
que Cristo ha resucitado.

Busco tu gloria, Sevilla
por cada calle que paso,
en las esquinas del tiempo

donde me pierdo y me hallo,
en los suspiros del alma,
en los piropos guardados,
en lo sublime y lo bello,
en el recuerdo callado,
en la oración sin medida,
en un te quiero soñado,
en un balcón y una reja
cuajaditos de geranios,
en un patio de vecinos
con sus macetas de barro,
y en lo sutil y lo hermoso,
y en lo divino y lo humano.

Busco tu gloria, Sevilla
entre mantones bordados,
que al salir de los altillos
despiertan de su letargo,
en una cruz enrejada
que se engalana por mayo,
en las flores de papel
que son cielo improvisado
de la calle en la que pasa
la Virgen sobre su paso,
en un farol encendido

sobre el cristal reflejado,
en los cirios de los niños
que la fe van estrenando
y en la memoria que vive
sobre unos ojos gastados.

Busco tu gloria, Sevilla
en el ejemplo admirado
de los que nunca se cansan
de defender lo que amamos,
los que empeñaron su vida
por mantener el legado
aunque ya nadie creyera
en su empeño denonado.

Esos que lo dieron todo
sin pedirte nada a cambio,
que guardan la quintaesencia
del esplendor del pasado,
esos que te defendieron
cuando todos se apartaron,
bien merecen nuestro aplauso
por estar siempre a tu lado.

Busco tu gloria, Sevilla
en la vara y el cayado,

en el cetro y la corona,
en la ráfaga y el manto,
en la saya y el encaje
y en el fajín anudado,
el barroco y la hojarasca
que se funde en el dorado,
en la corte celestial
de ángeles de un canasto
que dicen que eres de Dios
el más sublime regalo,
en la plata de unas jarras,
en las flores perfumando
de nardos tu delantera,
y en el faldón de damasco.

Busco tu gloria en María,
en las cuentas de un rosario
que allá en el Barrio León
viene a teñirse de blanco
por la primavera eterna
del verdor de San Gonzalo.
Te busco por Alfaqueque
con los Humeros rezando
un Rosario de la Aurora
sobre el cobre de su paso,

que ya en Dársena la esperan
de vuelta a San Laureano.

La busco en la bella estampa
que gubió Cristóbal Ramos,
Rosario de Montserrat
que es anhelo de San Pablo.

La busco en el Arenal
para dormirme en sus brazos
como el niño que jugara
por la calle Dos de Mayo.

Y la busco en la nostalgia
del mes de todos los santos,
al verla por San Vicente
caminar sobre su paso,
y en la noche que la envuelve
allá en la Pila del Pato,
y ya en Santa Catalina
la busco cuando va entrando.

Busco tu gloria en María
cuando viene navegando
por las aguas marineras
de Barqueta al Altozano.
Es un cuadro que en el puente
es frontera y es remanso,

embajada del trianero
y puerta del sevillano.
Es un sueño que en Santa Ana
despertó de su letargo
por el empeño de aquellos
que en el Carmen confiaron.
Es dulzura entre varales,
maternal escapulario,
luz que en Santa Catalina
nos bendice bajo palio.
Y es Bondad para el que sufre
cuando sale a visitarnos
y va repartiendo salud
la reina de San Leandro.

Busco tu gloria en María
guardiana de este rebaño,
la Virgen que en Fray Isidoro
hallara su tabernáculo,
la dueña de nuestras Almas,
Pastora para el cristiano,
el faro de la realeza,
del clero y del pueblo llano,
que alumbra con su hermosura
el cielo en la calle Amparo.

Pastora que en San Antonio
ya sueña el tricentenario
buscando por San Lorenzo
los cimientos que forjaron
este amor que ahora cobija
el álamo plateado.

Pastora que en Padre Pío
es ejemplo para el barrio,
pues donde falta la fe
Ella clava su cayado
y muestra su fortaleza
para que siempre aprendamos.

Pastora para buscarte
por el convento y el claustro,
por la muralla y la almena,
por San Julián este año,
pero siempre en Capuchinos
como pintó García Ramos.

Pastora porque en Triana
todo el fervor desbordado
halla la calma en su rostro
en calle Antillano Campos.

Pastora para quererte,
para soñar tras tu manto,
para encontrar la templanza

cuando Ella y yo nos miramos,
y me esperaste en Santa Ana
a que besara tu mano.
Pastora serás por siempre
mi puente, mi fe, mi faro,
Triana en toda su esencia,
callejón, fragua y sagrario.

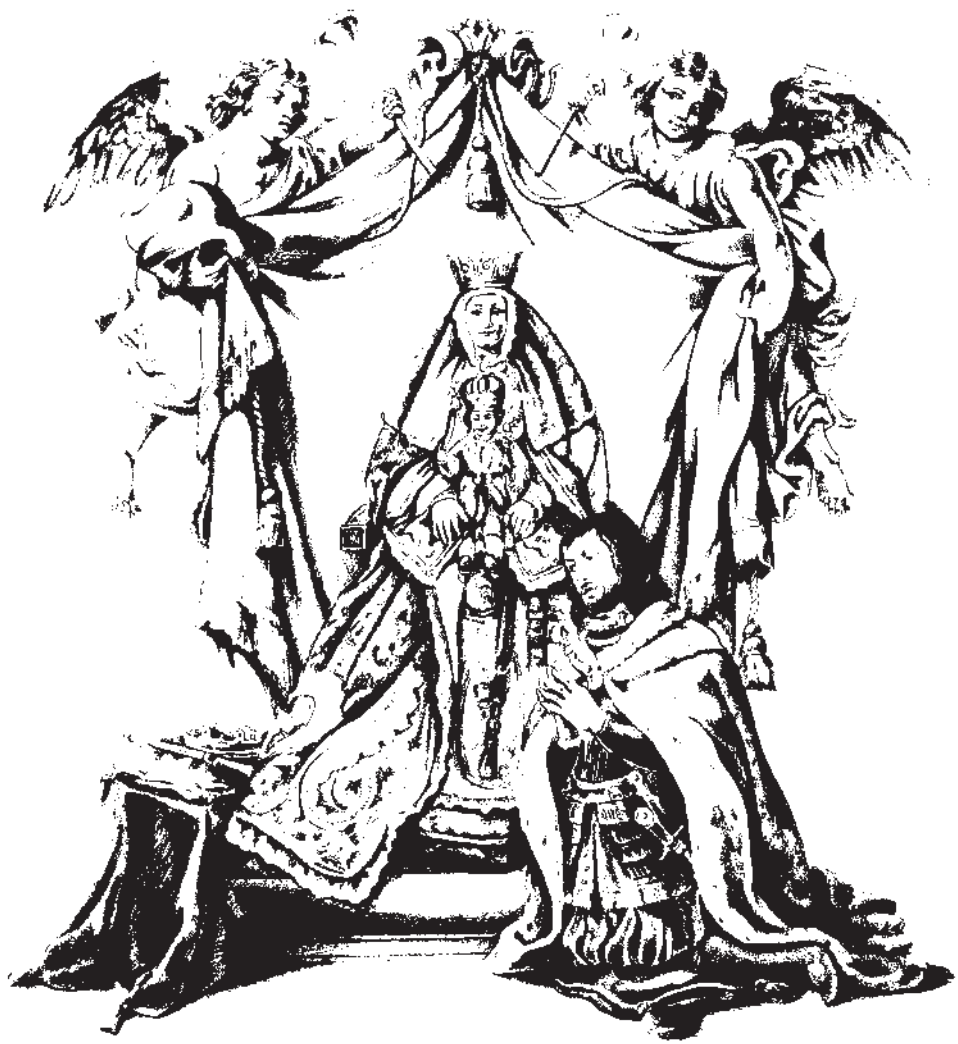
Busco tu gloria, Sevilla
porque quiero pregonarlo
con la voz y la palabra,
con mi verso emocionado.
Como lo cuenta la luz
de la primavera en mayo,
que se refleja en los cielos
con los que siempre soñamos,
como lo cuenta la Salve
que ante sus plantas rezamos,
por si mi amor te olvidare
no nos sueltes de tu mano,
como lo cuenta la heroica
de nuestro Rey San Fernando,
como lo cuenta el escudo
y el lema nomadejado.

Busco tu gloria, Sevilla
en el altar y el retablo,
en la veleta del tiempo,
la cerámica y el barro,
en el sol en lontananza,
en el ciprés y el naranjo,
en los vencejos que vuelvan
y en los que van anidando
por las torres y espadañas
de los viejos campanarios,
en los poemas de Bécquer,
los de Cernuda y Machado,
en Velázquez y en Murillo,
en el cartel de Ricardo,
y en el celeste que envuelve
nuestro dogma immaculado.

Busco tu gloria y la encuentro
en el gesto cotidiano,
en las parroquias del centro,
las hermandades de barrio,
en los caminos al alba
que al rociero enseñaron,
en el rostro de la Virgen
y en el niño de sus brazos,

en el Santísimo expuesto
y el ejemplo de los santos,
en los cultos, las novenas,
las misas de septenario,
en una medalla al cuello
y en un viejo escapulario,
en una puesta de flores
una tarde de verano.

Toda Sevilla es ya gloria
y ahora nos toca anunciarlo.
Abrid las puertas al gozo,
al corazón desbordado,
al alma y las emociones,
a lo cierto y lo soñado,
que las Glorias de esta tierra
son la fe del sevillano.



Carles Salafranca

El “nomadejado” de Sevilla

¡Qué bonita está Sevilla cuando llegan sus días hermosos! Todo es color y alegría en sus calles, todo son recuerdos y anhelos, suspiros de añoranza y júbilo por lo que está a punto de suceder y ya toca con fuerza el corazón de cada uno de nosotros. Están a punto de abrirse las puertas de esta iglesia y de que la procesión salga a bendecir las calles de nuestra ciudad. Os invito, desde ahora, a que vengáis conmigo de la mano por este viaje que pretende ser un canto al gozo y a la esperanza de la primavera eterna de Sevilla.

Pero antes, quiero que mis primeras palabras en esta noche sean para dar las gracias a todos los que de un modo u otro habéis estado a mi lado

durante este camino. Han sido meses de nervios y de emociones por todo el cariño recibido. También de interrogantes y dudas que me hacían plantearme si sería capaz de estar a la altura de un reto como éste. ¿Cómo contarle a Sevilla, que es la gloria en sí misma, cuán importantes y necesarias son sus hermandades en medio del mundo en el que vivimos?

Gracias por tanto a todos esos hermanos de estas corporaciones letíficas que me han abierto las puertas de sus casas, que han querido compartir conmigo lo más íntimo de su devoción y que han puesto esta tarea en las manos siempre acogedoras de la Santísima Virgen. Os aseguro que cada gesto, cada abrazo, cada palabra y cada oración que me habéis regalado han sido el empuje necesario para que hoy este aquí, en este atril, con la hermosa responsabilidad de cantar las Glorias de María y de los Santos en el templo mayor de la ciudad de la Esperanza.

Mi agradecimiento a toda la Junta Superior del Consejo de Hermandades y Cofradías, que personifico en su presidente, mi querido y apreciado Paco Vélez, del que jamás olvidaré aquella llamada del 21 de noviembre cuando me comunicó mi designación, ni el abrazo sincero con el que me dio la alternativa esa misma noche a las

puertas de la casa de todas las cofradías en la calle San Gregorio. Aquella noche, cuando sonó el teléfono, yo estaba muy cerca de la Virgen de la Aurora y del Señor de la Resurrección, los pilares de mi vida, y entendí que fueron ellos quienes me habían traído de la mano a este atril para que fuera la voz de la devoción más pura de Sevilla. Gracias Paco y al resto del Consejo por su cariño. Y, muy especialmente, a todos los delegados de Gloria que me han acompañado y guiado en cada paso recorrido en estos meses, soportando mis preguntas, mis dudas y mis tiempos.

No quiero dejarme atrás a mi amigo Abraham Pablos, que ha compuesto esta joya de la música procesional, “Rosario de la Alegría”, que tan magníficamente ha interpretado nuestra Banda Sinfónica Municipal de Sevilla, y que ha sido mi forma de dar gracias a quien me ha sostenido a lo largo de toda mi vida. Tampoco me olvido del que ha sido mi presentador, mi querido Juan Carlos Cabrera, al que le agradezco su dedicación constante por engrandecer las fiestas de nuestra ciudad, su trabajo en todos estos años, a veces incomprendido, a veces mejorable, pero en el que ha puesto siempre lo mejor de sí, todo su corazón y todo su amor a esta ciudad. Gracias Juan Carlos, y gracias tam-

bién por tus sentidas palabras dedicadas en la presentación de esta noche.

Han sido muchas las personas que se han cruzado en mi camino durante estos meses y en todas he visto reflejado el carisma único que tienen las hermandades de Gloria y eso es un valor y una fortuna por la que debemos dar gracias a Dios. Sevilla no puede desaprovechar la oportunidad de reconocer esta labor, a veces ingrata, a veces poco entendida, a veces envuelta en una soledad frustrante y no deseada, pero más allá de esto es una bendición que nos permite vivir durante todo el año la devoción a la Santísima Virgen y a Dios, por medio de la intersección de los Santos.

Y esto ocurre aquí, en esta ciudad que tiene la suerte de tener a María como faro de su vida, como esa roca firme y segura en la que se cimienta su fe. Sevilla, ciudad mariana, la primera que defendió, incluso con su sangre si hiciese falta, el dogma de su Inmaculada Concepción, la certeza de que fue concebida sin macha ni pecado original, la verdad de una pureza que nos acerca a la Virgen como Madre de Dios Nuestro Señor. Sevilla siempre de la mano de María para sostener su presente y la garantía de un mañana que sólo se entiende en Ella y por Ella.

A María y a Dios. Algo que quedó de manifiesto hace ahora 125 años, cuando esta ciudad tomó la oportuna y acertadísima decisión de encomendar su protección al Corazón de Cristo, según las indicaciones del Beato Marcelo Spínola, que supo ver en este hecho de tanta relevancia la oportunidad evangélica de que Sevilla se consagrara al Sagrado Corazón. Ahora, en este feliz aniversario, ha sido nuestra propia ciudad, por medio de esta Archidiócesis, la que ha buscado en el corazón del barrio de Nervión a ese Jesús que sale a bendecirnos cada mes de junio para celebrar junto a Él este acontecimiento de gracia para la Iglesia de Sevilla que, como en muchas otras ocasiones, supo ser pionera en poner su presente y su futuro en manos de ese Dios de los brazos abiertos que nos acoge a todos en su inmenso corazón.

Es, como ven, un año histórico para Sevilla, en el que además conmemoramos el 775 aniversario de la reconquista de nuestra ciudad. Por eso, estamos ante una gran oportunidad para fijar nuestros ojos en San Fernando y así saber qué yendo de la mano de la Santísima Virgen nada puede salir mal, ni siquiera el mayor de los retos que se nos ponga por delante. Nuestro Rey Santo, aquel que nos dejó como herencia el escudo que hoy es bandera de nuestra ciudad, estuvo

siempre agradecido por aquella Sevilla del nomadejado que lo acompañó hasta el final de sus días. Pero a él, como a nosotros, quién nunca nos ha dejado es la Santísima Virgen. Aquella que, con el niño en sus brazos, se le apareció en sueños para decirle que Sevilla lo necesitaba y que nos regaló como nuestra Madre de los Reyes, a la que ahora veneramos como patrona y reina de todos los sevillanos.

Casi ocho siglos después de aquella hazaña seguimos necesitando la fortaleza heroica de San Fernando, pues en medio de esta sociedad en la que muchos se empeñan en vivir lejos de Dios, en cerrar la puerta a la Buena Noticia de su Evangelio, es urgente que todos nosotros sigamos reconquistando el alma de aquellos que han perdido la fe o que, simplemente, no la conocen. Y debemos hacerlo desde el amor, cambiando la espada por la Palabra, librando la batalla de la misericordia y la tolerancia, con el escudo de la fe y la bandera de la Esperanza, con el ejemplo de nuestras hermandades de Gloria y de una religiosidad popular que, en ocasiones, es el más útil aldabonazo en el corazón dormido de los que viven lejos de Dios.

Y en todo siempre María, nuestra Virgen de los Reyes, que a lo largo de estos siglos ha sido garan-

te y protectora de nuestra ciudad, ayudándonos a superar nuestros trances y acompañándonos en los momentos de bonanza. En todo siempre María. A Ella, cuya presencia sentimos hoy de cerca, le encomendamos el futuro de nuestra Archidiócesis. Y a Ella, como en cada amanecer del 15 de agosto, le suplicamos que nos proteja, nos acompañe, y nos dé la fuerza necesaria para a estar a su lado hasta que así lo quiera.

Si por ti reinan los Reyes
como dice la leyenda
no habrá batalla que emprenda
en la que Tú no estuvieses.
Porque entre tantos reveses
de esta sociedad ingrata,
sólo tu ser desbarata
la duda y la sinrazón,
por ser el puerto en que Dios
vino a enclavar su fragata.

Y siempre mujer sencilla
como la vio San Fernando
cuando recibió el encargo
de reconquistar Sevilla.
Aquel santo de Castilla

que se hizo sevillano
y al que ahora veneremos
por su esfuerzo y por su entrega
como reza en ese lema
que dice “nomadejado”.

Casi ocho siglos después
de aquella hazaña sin par
rezamos bajo tu altar
al santo que entonces fue.
Y en tu rostro los por qué,
las preguntas y respuestas
del motivo de esa gesta
que la cruz nos devolvió
como prenda de ese amor
que en tu mirada se muestra.

A ti celestial patrona
encomendamos la vida,
la gloria que se adivina
en tu grandeza, Señora.
Volver a verte en la aurora
del Día de la Asunción
nos despierta la emoción

de tu salida agostea,
en la que hasta el sol se empeña
arrodillado ante Vos.

Por eso todo nos lleva
a darte siempre las gracias,
tu sola presencia sacia
a nuestra fe verdadera.
No nos dejes Madre buena
que tu pueblo se arrodilla
frente al palio tumbilla.
Y así esta tierra te quiere,
a ti Virgen de los Reyes,
dulce niña de Sevilla.



Rubén Terriza

El faro que alumbró mi vida

Dicen que uno siempre regresa a todos esos lugares en los que amó la vida y en los que fue feliz, incluso a veces sin llegar a ser conscientes de que eso fue así. Sevilla es, por tantas razones, uno de esos paraísos en los que habita la felicidad y, por lo tanto, puerto seguro en el que atracar la vida para seguir disfrutando de los momentos únicos que nos regala.

Estoy convencido de que cada uno de vosotros tenéis grabados a fuego esos lugares de nuestra ciudad en los que os llegáis a sentir como en casa, esos oasis de fe en los que encontráis la paz necesaria para calmar vuestros tiempos y en los que, por alguna u otra razón, habéis alcanzado un

estado de encuentro con Dios que os hace volver a las calles con el alma llena del espíritu y el gozo de todas las gracias recibidas. He de confesaros que la Iglesia de San Martín es uno de esos puertos de la felicidad a los que siempre procuro regresar para ordenar mi vida y dar gracias a la Santísima Virgen por tantas bondades como me ha otorgado a lo largo de todo este tiempo.

Todo comenzó en la época más dura de esta terrible pandemia que nos golpeó con tanta dureza. Una de esas tardes de encierro en casa, recibí una llamada de teléfono del que por entonces era hermano mayor de la Lanzada, Antonio Ramírez Ibarburen, en la que me comunicaba que su junta de gobierno me había elegido para pronunciar el Pregón de la Esperanza ante la bendita imagen de la Divina Enfermera. Lleno de gozo, acepté sin dudar ese reto que el Señor había puesto en mi camino, permitiéndome descubrir y admirar, desde lo más íntimo de su hogar, la grandeza de la que es la Esperanza más antigua de nuestra ciudad y una de las imágenes con más unción sagrada de cuántas han recibido mis oraciones y me han arropado bajo su manto de madre buena y admirable.

A partir de ese momento, todo lo vivido fue inolvidable. Y eso que las restricciones de la época obligaron a retrasar el pregón más de lo esperado

y a aguardar casi dos años hasta poder cumplir con el anhelado sueño de pregonar la Esperanza en Sevilla. Sin embargo, desde el primer instante sentí que la Divina Enfermera había llegado a mi vida para quedarse por siempre en ella. Primero, en una codal de cera que sus hermanos me ofrendaron con todo su cariño, y que aún ilumina las noches oscuras de mi vida. Luego, en una hermosa estampa de la Santísima Virgen en cuyo envés se recoge la oración con la que cada día rezamos a nuestra madre: «Sáname Divina Enfermera, intercediendo al Padre por mí». También en cada una de las eucaristías que he podido vivir en San Martín y que la han tenido a Ella como corredentora y mediadora de todas las gracias o en la procesión gloriosa de aquel mes de octubre en la que tuve el inmenso honor de acompañarla por las calles de Sevilla durante todo su recorrido.

Pero más allá de todos esos momentos, lo que aún sigue latiendo en mi corazón son las miradas de los hijos de la Esperanza que mantienen viva la llama de esa devoción que nació hace casi ocho siglos en el viejo Hospital de la Expectación de la Correduría. De ellos, de Luis Aparcero, de Antonio Carazo, de Teresa, de mi admirado Paco Gordillo, entre muchos otros, he aprendido a descubrir que la Esperanza es el cimiento indestructible que ha mantenido con vida a esta hermandad a

pesar de los reveses de la vida, que Ella siempre fue su faro, que fue como ese último rayo de luz que sobrevive a la oscuridad de la noche y nos devuelve la alegría cuando la aurora se abre paso entre las tinieblas, que tras su velada sonrisa se encuentra el sentido de esta vida y que, por más que pase el tiempo, cuando las manos de la Divina Enfermera te acogen y te abrazan, todo lo que nace entre los dos queda unido ya para siempre.

Sólo basta con mirarte
para admirar tu sonrisa,
para sentir tus caricias
cuando me acerco a buscarte.

San Martín para soñarte
y en tus manos mi frontera,
sol de nueva primavera
y mi gloriosa Esperanza,
que la alegría me alcanza
por ser Divina Enfermera.



Y como éste, podría hablaros de mil y un lugares en los que he encontrado la felicidad a lo largo de mi vida y a los que procuro regresar siempre que puedo para encontrar la calma y para dar las gracias por todas las cosas buenas que he recibido durante este tiempo. Uno de ellos nos lleva

hasta el mismo corazón de la Alameda de Hércules, a ese lugar en el que Dios plantó la semilla de la fe hace más de cinco siglos en torno a esa cruz llamada popularmente del Rodeo y que hoy ha germinado en la devoción sin fronteras a la Santísima Virgen del Carmen, que es ese faro que sigue iluminando nuestra ciudad desde ese bendito cielo de su capilla de la calle Calatrava en el que nos espera cada día para alegrar nuestros corazones y protegernos bajo su manto maternal.

He pasado por la puerta de esa capilla en infinidad de ocasiones y en no menos oportunidades me he santiguado delante del retablo cerámico que preside su fachada. Sin embargo, en estos últimos años he aprendido a conocer a la Virgen del Carmen desde otras perspectiva, mucho más cercana, más personal y más humana. Entre sus hermanos he encontrado a los mejores cicerones para acercarme a todo lo hermoso que encierra esta pequeña imagen de la Santísima Virgen que rebosa toneladas de emociones a quien se acerca a Ella. Y fui feliz, muy feliz, cuando vi que se cumplió el sueño de sus hijos el pasado año y la Virgen pudo presidir en este mismo lugar el Pregón de las Glorias de mi querido Manolo Vizcaya. ¡Qué hermosa se veía a la Virgen del Carmen en este altar! ¡Qué bonita esa procesión matutina por las aguas del Guadalquivir! ¡Como la esperaba

su barrio, ya de vuelta, en esas últimas calles que desembocaban en el puerto de su capilla! Enhorabuena, hermanos, por vuestro trabajo y por el sueño de tantos que lograsteis hacer realidad.

Esos días que pude vivir cerca de Ella no caí en la cuenta de un detalle que ahora cobra todo el sentido posible. Justo mañana, 14 de mayo, se cumplirá un año de aquella noche de sábado en la que nos reunimos en torno a la Virgen del Carmen en su capilla. Desde la hermandad, y gracias a mi amigo Alejandro Parente, habían querido contar conmigo para moderar una mesa redonda en la que una serie de pregoneros de las glorias de esta ciudad se reunirían para recordar sus vivencias y dar todo el aliento a Vizcaya, días antes de su pregón. Allí estaba yo, haciendo torpes preguntas y admirando las emociones de Fernando Cano Romero, las vivencias de Carlos Peinado, los recuerdos de Joaquín de la Peña, la sonrisa siempre agradecida de Rosa García Perea y la crónica más personal de mi buen amigo y compañero José Antonio Rodríguez. Todos pusieron sobre la mesa su corazón, lo feliz de una memoria que ese día resucitaba y sus mejores deseos y sabios consejos para Manolo Vizcaya. Cuánto aprendí de ellos ese día, sin ni siquiera imaginarme que un año después sería yo quien me viera en este atril poniendo en práctica todo lo que de ellos pude aprender aquella tarde de mayo.

Cuando acabó el acto, pude acercarme a la Santísima Virgen que en su altar esperaba esos días grandes que estaban a punto de llegar a Calatrava. La miré y sentí como Ella hacía lo mismo. No hicieron falta palabras, aunque las hubo. Tampoco fueron necesarios más gestos, más señales que esa simple mirada para que todo ocurriera como tuvo que pasar. Yo le di las gracias por acercarme a Ella ese día y le ofrecí un Ave María como ofrenda ante su generosidad. Pero Ella, sé que Ella ya sabía en ese instante que me estaba dando la venia para subir hoy a este atril y poner voz a tantos sentimientos encerrados en el corazón de las Glorias de Sevilla. Entonces no le di importancia alguna, pero estos días he entendido a la perfección que es la Virgen quien guía nuestra vida y que Ella quiso tenerme allí, entre tantos buenos amigos, para decirme a su forma que hoy sería pregonero de las Glorias de Sevilla, pues no tengo dudas de que fue la primera en recibir esta hermosa noticia que ha dejado de ser un sueño para convertirse en esta hermosa realidad.

Gracias, madre mía del Carmen por aquel día, por acompañarme desde entonces y no soltarme de tu mano, y por hacer nacer en mí todas las fuerzas necesarias para que hoy pueda cantar tus alabanzas y llenar de piropos a la hermosa flor de

la Alameda que es faro que alumbra toda la felicidad desde su altar glorioso de la calle Calatrava.

Hay un barco navegando
por la calle Calatrava
que suspira atardeceres
por el cielo en lontananza.
Hay una barco y una Virgen
que atesora toda gracia
en el puerto carmelita
que la tiene y que la guarda.
Su capilla es como el faro
desde el que alumbra su cara,
la espadaña es el puntal,
la veleta su campana
y sus manos son timón,
que en la vida nos guiaran
a alcanzar el paraíso
en que por siempre reinara.

Yo la he visto navegar
sobre las olas de nácar
de un Guadalquivir de encajes
con brisa de mar en calma,
remontando atardeceres
e iluminando las aguas
en que lo eterno se queda

prendido de su elegancia.
Yo la he visto atravesar
la Alameda en dulce andanza,
arropada en la leyenda
de dos columnas romanas,
con el mármol y la piedra
como cantores que narran
la eternidad de una historia
cinco veces centenaria.

Yo la he visto remontar
las calles que la soñaran,
las puertas y los zaguanes
de Lumbreras y Santa Ana,
el compás de San Clemente,
y la he visto reflejada
en los ojos de la entrega
cuando llega a Santa Clara.

Yo la he visto caminar
sin querer que se marchara,
al compás de los piropos
de un balcón por sevillanas,
paseando bajo un cielo
de estrellas marrón y blancas,
y la he visto sonreír
cuando vuelves a buscarla.

Yo la he visto tanta veces
y nunca supe escucharla,
porque estando frente a Ella
fue su voz la que me hablaba.
Hace un año de ese encuentro,
de aquella noche en su casa,
sentados, los pregoneros,
recordando sus andanzas,
sus versos y sus recuerdos,
tanto amor que nunca pasa.
Fue entonces cuando su voz
me contó por su mirada
que hoy sería el pregonero
que cantaría la gracia
de las Glorias de Sevilla
a los pies de la Giralda.

Hay un barco y una Virgen
por la calle Calatrava
que me contó antes que nadie
que hoy vendría a pregonarla.
Y en el gozo de este sueño
quiere ser esta plegaria
la oración y la promesa
para por siempre esperarla.

A esa Virgen tan sencilla,
carmelita en su elegancia,
de grandeza inabarcable,
que en su dulzura me alcanza
lo sublime y lo bendito,
el gozo de su bonanza,
lo soñado y lo vivido,
en su bienaventuranza.

Mi sueño busca tu puerto
y todo en tu amor descansa,
buscándote en la Alameda,
navegando en tu barcaza,
y arriando en la promesa
de la luz de tu Esperanza.
Otro julio en nuestras vidas
postrándonos a tus plantas,
pasan los años y el tiempo
sólo al tenerte se para.
En tu altar, sobre tu paso,
poco importa la distancia,
si el final es encontrarte
y volver a darte gracias,
por tenerte, por tenerme,
mi Carmen de Calatrava.



Juan Antonio Aguilar

El sentido del encuentro y del abrazo

Es innegable la labor social que hacen las hermandades de Gloria en una ciudad como la nuestra, en la que cada vez hay más familias que tiene serios problemas para cubrir sus gastos más básicos, para poner un plato encima de la mesa o para llegar con lo justo a final de mes. No hay que mirar muy lejos para ver esa lastimosa realidad. Y ahí, en medio de esa pobreza crónica de nuestros días, están las bolsas de caridad de las hermandades, cuyos voluntarios hacen auténticos milagros para cuadrar las cada día menos frecuentes ayudas de instituciones y entidades, ayudando así a todo aquel que lo necesite. No quiero detenerme en esto porque ya se sabe que

no debe saber tu mano izquierda lo que haga tu mano derecha, pero no quería dejar pasar la oportunidad de recordar que sin nuestras hermandades, sin la Iglesia de Sevilla, sin sus voluntarios, habría mucha pobreza en esta ciudad que nadie podría atender.

Pero hoy quiero detenerme en otra labor social que va de la mano del lado más humano de vuestra existencia. A lo largo de estos días en los que he aprendido tanto de vuestro propio ser y he podido reflexionar sobre el presente de las hermandades de Gloria y su vínculo con Sevilla, he llegado a la conclusión de que es precisamente vuestra horizontalidad en el calendario vital de la ciudad lo que hace que se multiplique exponencialmente esa capacidad de atracción que tenéis. Ese ser estandarte de la fe para los miles de sevillanos que se acercan a participar de vuestra actividad es lo que hace que en ese anhelado día de la salida procesional las calles se llenen de emociones, de recuerdos, de momentos únicos y, por supuesto, de mucha gente que sale el encuentro de Dios a través de la presencia de los santos y de la Santísima Virgen María.

Y aunque dijo el poeta que «la vida es una semana», en el caso de las hermandades de Gloria podríamos decir que «la vida es todo un año». Por

eso, vuestras procesiones son una oportunidad constante de participar de la piedad popular tal y como nuestra ciudad la entiende, la siente y es capaz de contarla al mundo, como lo haremos también en ese gran Congreso Internacional del próximo año 2024 que ya está en marcha y que será un necesario aldabonazo en la conciencia de los cofrades y un ejemplo de fe y credo del pueblo desde Sevilla al mundo. Pero al margen de este acontecimiento, también son estas procesiones un espacio único de encuentro para las personas. Una nueva oportunidad de volver a la vida para los que sufren en primera persona la soledad no deseada de una casa vacía, de un teléfono que no suena y de un tiempo que se hace eterno sin alicientes a los que agarrarse.

Hoy quiero alzar la voz y urgar en el alma de los sevillanos para agradecer a todas las hermandades de Gloria la labor generosa que hacéis con tantos sevillanos a los que les hacéis más felices su vida, a los que han encontrado en vuestro calendario de procesiones a lo largo del año un motivo para recuperar la ilusión, para empujarlos a salir de casa, para pisar las calles en una tarde de domingo o coger un autobús y marcharse a un barrio en un sábado que hasta entonces no era más que un encierro forzoso en la cárcel de su añoranza. Por ellos, por esas personas que ha-

béis devuelto a la vida con vuestra sola presencia, por esos sevillanos que estaban solos y que han hecho amigos para siempre mientras veían una de vuestras salidas en un domingo de octubre o admiraban esa revirá hermosa en el fervor desbordado de una noche de septiembre, por esos mayores que, abanico en mano, han vuelto a emocionarse en una tarde cálida de julio al contemplar a María envuelta en flores y piropos de amor, por los que también han encontrado su fe en una tarde cualquiera de mayo en la delantera de vuestro paso y por los que, en definitiva, han visto en vuestras hermandades un motivo para volver a ser ellos mismos, hoy quiero agradecerlos que sigáis siendo esa llama encendida de la piedad popular de esta tierra que no sólo nos acerca a Dios sino que es capaz de acercar nuestro corazón al motivo que nos empuje a seguir disfrutando de cada día. Gracias, de verdad, por haberlos devuelto a la vida.

Pero no quiero quedarme sólo en este lado de las cosas. Quiero ahora atravesar la puerta de la Iglesia, la de la Casa Hermandad, y meterme hasta el fondo del corazón de las hermandades de Gloria. Hemos hablado de lo que aportáis a la gente que sale a vuestro encuentro. Pero, ¿y lo que habéis supuesto a lo largo de los siglos a tantos hermanos vuestros que han dedicado su vida

sin pedir jamás nada a cambio por engrandecer vuestra propia existencia? Sabéis perfectamente de quién os hablo. De hecho, si hacéis el ejercicio de cerrar ahora vuestros ojos, seguramente os vengan a la mente los rostros de esas personas a las que me refiero. Rostros, por cierto, siempre envueltos en una sonrisa, por muy duro que fuera el trabajo.

Me refiero a esos hombres y mujeres que siempre están en la hermandad, los que tienen grabados en su mente cada recuerdo, cada fecha inolvidable que no viene en las crónicas ni en los libros de historia. Esos que se han dejado la piel limpiando plata, bancos o altares. Esos que se han recorrido el barrio, puerta a puerta, para vender papeletas, loterías, rifas y recaudar peseta a peseta el dinero necesario para la procesión de cada año. Esos que han pasado las horas y las noches creando cadenetas, abriendo flores de papel o cosiendo colgaduras para que las calles lucieran como un cielo el día de la salida. Esos que no han faltado a un culto, que han rezado por ti cuando la vida te ha dado un envite, que reparten estampas de su Virgen como piropo agradecido y que, al final, han sido capaces de lograr lo que parecía imposible. Esos sí que son el alma de las Glorias de Sevilla.

A ellos, que en muchas ocasiones han terminado hasta por perder su nombre o su apellido y han pasado a ser Velasco el del Rosario San Julián, Alejandro el del Carmen de Calatrava, Andrés el de la Pastora, Carmen la de Juan XXIII, Charo la de la Milagrosa, por ponerlos sólo unos ejemplos, gracias eternas por tanto como habéis entregado sin pedir nunca nada a cambio. No desfallezcáis nunca, por más escarpado que se vuelva el camino. Sean, por tanto, estas palabras un homenaje para todos aquellos hombres y mujeres que han entregado parte de su vida por hacer que nuestras hermandades de Gloria no caigan en el letargo del olvido y sigan siendo bandera de la fe en esta tierra de María Santísima. Por ellos nuestro cariño y nuestro eterno agradecimiento que ejemplificamos en este canto popular a algunas de esas imágenes que hoy siguen siendo exponentes de la obra de Dios en Sevilla para gloria de esta bendita ciudad.

Quiso Dios que la corriente
desembocara en San Roque
la fe de los egabrenses.

Sevilla no es el Picacho
pero bien vale mi tierra

como cielo y santuario
de la Virgen de la Sierra.



Torreblanca en romería
es piropo por septiembre
al corazón de María.

Carrozas, fe y peregrinos
de inmaculada piedad,
con la que hacer el camino
del barrio al Eucaliptar.



Son setenta y cinco años
de aquella flor que atesora
el Patio de los Naranjos.

Higuera en el Salvador
se hace filial a su lado,
hornacina en la que Dios
puso a la Virgen del Prado.



No hay tormenta ni ventisca
que no calme tu Buen Aire
o que amaine tu sonrisa.

Los Remedios y Triana
son puerto de tus amores,
baldaquino en que reinara
la que es flor entre las flores.



Su rostro de dolorosa
es la gloria florecida
cuando sale por Alcosa.

La Cruz y su soledad
son Sacramental legado.
Madre, con tu bondad,
protege al Desamparado.



Como patrona de Irún
viene tu barrio rogando
que repartas la salud.

En tu paso por la calle
o entronizada en tu altar
no hay septiembre que le falle
a la Virgen del Juncal.



Cabe en Ella tanto amor
que Guadalupe en Sevilla
se multiplica por dos.

Con Úbeda en la memoria
y el fervor de Extremadura,
reina en la Misericordia
y por San Buenaventura.



Y no es bonito saber
que es real y vaticana
María en Juan XXIII.

El barrio que dijo sí
por siempre a su Anunciación,
Arcángel del que aprendí
su primorosa lección.



Patrona de las cuadrillas
que diste a tus costaleros
la medalla de Sevilla.

Rosario y Madre de Dios,
dulzura que nada iguala,
capataz de la emoción
en la gloria de Santa Ana.



El cielo de mi verdad
baja a buscar tus Mercedes
allí en la Puerta Real.

Septiembre y el calendario
si es por ti se desbaratan,
corona de aniversario
cumpliendo bodas de plata



Para rezarte en tu altar
busco tu rostro en la puerta
del cielo del Arenal.

Porque es tan grande el aprecio
de esta ciudad tan mariana,
que en este nuevo milenio
quiso verte coronada.

Nadie iguala tu belleza
que hasta te bailan los seises
y la Giralda te besa.

Treinta años han pasado
de aquel gesto tan fecundo,
cuando a tus plantas postrado
rezó Juan Pablo segundo.

Pureza que el alma sana,
no ha visto el mes de diciembre
devoción más sevillana.

Refugio de mi pasado,
sueño en quedarme contigo,
en tu dogma inmaculado,
Pura y Limpia del Postigo.



Luis Rizo

Anhelo el Rocío de tu gracia

Cuando es la fe la que habla, poco importan las distancias y los tiempos. Seguramente sea por eso que el amor es sin duda el sentimiento con más fuerza y con más poder de cuantos residen en el alma de cualquier ser humano. Los sevillanos sabemos bien que no hace falta tenerla cerca cada día para seguir teniendo a la Santísima Virgen como faro y guía de nuestra vida, que su presencia no se apaga cuando nos alejamos de Ella y que su recuerdo sigue vivo como zarza ardiente en el corazón de quienes la buscan en el recuerdo para que no se apague la llama de su bondad.

María es, por tanto, el hogar en el que descansa nuestra existencia. Ella es casa, sagrario, puerto,

escala, destino y certeza de una forma de expresar la fe que sólo se entiende en el alma de aquellos que encuentran a Dios entre arenas y marismas, entre el rezo de un rosario de madrugada o en el abrazo de una diana al alba de un nuevo día. En lo bello y en lo sutil, en lo hermoso y en lo sentido, en la experiencia y en la oración, en la espera y en el camino... siempre María se alza como baluarte que da sentido al peregrinar de nuestra vida. Todo siempre por Ella y para Ella, con la única recompensa de ese preciso instante, en el que a pesar de los tiempos, en el que a pesar de la distancias, volvemos a contemplar su rostro bendito para sentirnos atrapados por una atracción de límites incalculables que se hace cierta en su infinita capacidad de querernos y protegernos hoy, mañana y siempre.

Sevilla, como nadie, desde hace más de dos siglos, ha sabido buscarla en la marisma de lo eterno para compartir con el mundo una forma de querer a la Virgen que no entiende de provincias, ni de espacios, ni de lejanía. Una forma de entender la devoción a la que es el Rocío de nuestra gracia, que los romeros de Triana han convertido en una forma de querer a María que nadie es capaz de igualar, que se ha forjado a través de los sueños de quienes caminan desde el corazón del Salvador al encuen-

tro con la Santísima Virgen, que se ha revelado como un ejemplo de admiración y constancia para las nuevas generaciones en el alma de los vecinos del Cerro y de Sevilla Sur y que es un canto a la Esperanza en el cariño y en la emoción de quienes buscan desde San Gil la belleza de su cara de amapola.

Yo he soñado toda mi vida con ese encuentro de romería. Sí, es verdad que como tantos otros he tenido la oportunidad de ir a buscarla cuando su aldea duerme la ansiosa espera de su gran fiesta de Pentecostés, que le he rezado con mis dos manos agarradas al milagro de esa reja que separa su cielo de nuestro mundo, que he cantado sus maravillas en una salve nacida del corazón y que he puesto mis dudas y mis quebrantos en esas manos que sostienen al Pastorcillo de sus entrañas esperando que su grandeza me reconfortara en los momentos de tribulación. Y sí, la he podido ver en las lágrimas de mi familia cuando al alba de un día cualquiera, partían con su Simpecado en busca de los caminos que hacia Ella nos llevan. En ese abrazo del adiós, en ese “buen camino”, en ese “pídele a la Virgen por los que nos quedamos aquí”, también estaba ese otro Rocío que no sesteaba en los caminos, ni ve caer la noche en la Juliana, ni bautiza corazones con el agua viva del Quema, ni cum-

ple la tradición de cruzar el Ajolí como antes-
la de la gloria que en el Almonte nos espera. Y
a pesar de todo, soy capaz de sentirte cerca en
cada paso de mi vida.

Pero déjame señora que hoy, cuando las almas
esperan ansiosas vibrar con la llegada de un nue-
vo Pentecostés, estas palabras sean el modo que
encuentra mi corazón para pedirte perdón por
lo que pudo ser y no fue, por tanto tiempo per-
dido en el que yo no fui capaz de encontrarte
pero en el que no me cabe duda de que tu sí
estuviste a mi lado.

Sé que aún estoy a tiempo
de que llegues a mi vida,
de buscarte en la Rocina
donde duerme mi lamento.
Es tarde y es el momento
de hacer mi primer camino
para así hallar mi destino
al alba de una diana
en que despierten mis ganas
por encontrarme contigo.

Se qué aún puedo alcanzarte
y ser como esos romeros
que van surcando senderos
para a tus plantas rezarte.
Si sólo quiero cantarte
al compás de sevillanas
cuando rompe la mañana
la brisa de la marisma
y toda la gloria misma
va a recrearse en tu cara.

Sé que me estás esperando
entre el trigo y la amapola,
en el azul de una aurora
que tiñe de verde el campo.
El tamboril va tocando,
yo surcando las arenas,
y bien merece la pena
agarrame a la carreta
porque está la cerca la meta
de ver tu estampa morena.

Sé que yo seré el primero
en amanecer con verte

y soñaré con tenerte
tras la misa de romeros.
Mi medalla sobre el cuello
bajo el cielo en la Juliana,
Simpecao en oro y grana
en cuya gloria me aferro.
Esa es la verdad del Cerro
por más que quieran negarla.

Por eso salgo a buscarte
y voy con Sevilla Sur,
si quién me llama eres Tú
cómo iba yo a negarme.
Tan sólo por acercarme
a la fe de tus entrañas
busco en la Plaza de España
el amor de tus vecinos,
que el Tiro Línea en camino
es el fervor hecho hazaña.

Y al mirarte, lo confieso,
veo en tu cara al mismo Dios,
igual que en el Salvador
que es terrenal universo.

Y como dicen los versos
que te cantan tus romeros:
“Quítese usted el sombrero
pues Sevilla cruza el Quema”,
haciendo cierto el teorema
de la fe del rociero.

Lo he visto en los peregrinos
por el Arco y la Muralla,
por Palacio y por la Raya,
en la marisma y los pinos.
Por cada rezo un camino
de Parras al mismo cielo,
para surcar los senderos
que me lleven ante ti,
mi Simpecao de San Gil,
bendición del macareno.

Y el sábado en la mañana
caminar hasta tu plantas
mientras mi alma te canta
que está llegando Triana.
¿Ves la sonrisa en su cara
cuando rezan los trianeros?

No hay amor más verdadero,
dos siglos de esta conquista
de la calle Evangelista
para orgullo de su pueblo.

Te quiere tanto Sevilla,
Pastora y flor almonteña,
que te nombraron la dueña
de todas sus maravillas.
Rocío, mujer sencilla,
sentido para el cristiano,
candor de gracia en tus manos,
locura y fe desbordada,
del jardín rosa temprana,
consuelo del sevillano.

En ti todo amor fecundo
se queda siempre en la Ermita
y ante ti mi voz recita
una Salve para el mundo.
Como Juan Pablo II
asomado a tu balcón,
gritará mi corazón:
Rocío, madre y señora,

¡Viva esa Blanca Paloma!
¡Viva la Madre de Dios!



José Carlos Gonzalez

La fugacidad del tiempo

El tiempo es, entre otras muchas cosas, ese invitado caprichoso que está presente en cada instante de nuestras vidas. Todo viene marcado por la cadencia de los días, por la engañosa amplitud de las horas y por la fugacidad de unos segundos que pueden cambiarlo todo por completo. Y sí, puede parecer que el tiempo es un concepto demasiado frágil, pero lo cierto es que todo a nuestro alrededor gira en torno a una idea que hasta el mismo San Agustín definió como algo muy difícil de explicar con palabras. “¿Qué es el tiempo?” —dijo— “Si nadie me lo pregunta, lo sé. Pero si tuviese que explicárselo a alguien no sabría como hacerlo”.

Puede que sean los caprichos del tiempo o, mejor, la Providencia de Dios, la que ha querido que justo hoy, en este día en el que Sevilla da voz a sus hermandades de Gloria, se cumplan 106 años de la primera de las seis apariciones de la Virgen de Fátima en Cova de Iría. Esos tres niños pastores tuvieron la fortuna de ver a María en su maternal presencia, naciendo desde ese momento una devoción universal que nos invita a acercarnos a Dios a través del rezo diario del Santo Rosario.

Precisamente, la Orden Dominica fue la que hace siglos extendió la devoción al Santo Rosario hasta los confines del mundo. Todavía hoy, y a pesar del paso del tiempo, siguen desempeñando esa labor y siendo custodios de santuarios y conventos donde se venera a la Madre de Dios. Entre ellos, el que preside la Virgen del Mar, patrona de Almería, cuya filial sevillana celebra estos días tradicionalmente sus cultos anuales. Allí, en la iglesia del antiguo hospital de la Misericordia, sigue viva la llama del Indalo de amor que hace más de medio siglo plantaron emigrantes almerienses para rendir culto a esa Estrella de los Mares que une en la fe a Andalucía, de un extremo a otro de esta tierra, en la bendita presencia de la Virgen del Mar.

Y todo es cosa del tiempo. El mismo que parece detenerse cuando tenemos delante a esa histórica devoción que es el eslabón principal de la fe que heredamos de nuestra familia. El mismo que, por las apreturas del calendario, ha querido que hoy, mientras tengo la dicha de pronunciar este Pregón de las Glorias en la Catedral de Sevilla, haya dos puntos del Casco Histórico de nuestra ciudad en los que refulge la devoción a María en su anual procesión letífica. Hoy mi voz está aquí, pero mi mente quiere viajar al corazón del barrio de San Lorenzo para formar parte de ese rebaño de amor que piropea a la Pastora en San Antonio. Hoy mi voz está aquí, pero mi mente quiere volar por el cielo angosto de la feligresía de San Andrés para posarse en la delantera del paso de la Virgen de Araceli. Desde allí, contemplar su belleza cordobesa y admirar en su templete el reflejo en arcoiris del campo andaluz en primavera, del que es patrona esta lucentina belleza virginal, que hoy también va bendiciendo en su procesión de alabanzas cada rincón del alma de Sevilla. Las cosas del tiempo...

Ese mismo tiempo que nos lleva de la mano al siglo XV para contemplar en San Lorenzo la ancestral devoción al mural de la Virgen de Roca-Amador o admirar el lienzo dieciochesco en el que los sevillanos veneramos en la Colegial del

Divino Salvador a la Virgen de la Antigua. Una hermandad que atesora la hermosa labor de socorrer a las religiosas de clausura de nuestra ciudad, tantas veces olvidadas por el ruido de lo externo. Cuánta falta hacéis, hermanos de la Antigua. Mis mejores deseos para que no desfallezcáis en esta necesaria labor, que suple las ausencias de quienes dejan a un lado su responsabilidad de cuidar este otro gran patrimonio que también es orgullo de Sevilla.

Como es orgullo de Sevilla el esfuerzo que están haciendo los hermanos del Rosario de los Humeros para salvaguardar su capilla del hormigón y del urbanismo caprichoso y egoísta que abunda en nuestra ciudad. Ahí también falta tiempo para evitar el trágico desenlace que ninguno queremos. Por eso, hoy quiero aprovechar para pedir a todos los aquí presentes, representantes políticos de esta ciudad, que apostéis por el diálogo y por buscar un acuerdo que satisfaga a todos y en el que gane la ciudad. Sé que son tiempos de promesas vacías y quiero evitar eso, pero los hermanos de los Humeros merecen más generosidad, porque a veces los grandes problemas son sólo cuestión de voluntad.

En fin, el tiempo que todo lo mueve, que todo lo eleva y todo lo desvanece. Ese mismo tiem-

po que mide los momentos, que bautiza los días como ‘el domingo de función’, ‘el de la misa de hermandad’ o ‘el sábado de la procesión’. El mismo que hace que los meses sean ‘el mayo de la Virgen’, ‘el julio del Carmen’ o ‘el octubre del Rosario’. Toda la vida del cofrade se mide por momentos y se vertebra en un tiempo que está presente en cada instante de nuestra vida y que hace que sentimentalmente se cierre el año de las Glorias en el ecuador de ese Adviento que nos regala a María como Reina de Todos los Santos que siempre nos guarda bajo su Amparo.

De Feria a la Magdalena
todo es nostalgia en la brisa
y el tiempo de lo vivido
parece avanzar con prisas.
Es la historia consumida
como cera en guardabrisa,
que deja mudo el recuerdo
y en la memoria agoniza.
Todo es canto a la añoranza
que el calendario divisa
cuando se apagan las luces
del alma fiel e imprecisa,
para soñar el regreso

de una pasión que bautiza
los corazones vacíos
que en el adiós se improvisan.

De Feria a la Magdalena
la propia tarde es poetisa
y se dibujan las sombras
en cielos color ceniza,
para esperar que la Virgen
se refleje en esa esquina
donde el oro del canasto
tiñe de ocre la herida.
Mientras noviembre se pierde
entre sueños que acarician
el rostro dulce de nácar
vestido de luz cobriza,
que es espejo que refleja
lo que mi alma divisa
cuando mis ojos se clavan
en su velada sonrisa.

Por Ella todos los santos
a sus plantas se arrodillan,
por ser Reina entre las reinas,

sublime, a la vez sencilla,
barroco de la añoranza,
mudéjar, torre y ojiva,
robusta piedra angular
en que la fe se edifica
para buscar la esperanza
entre sus manos benditas.
Si Ella fue el primer sagrario,
mujer por Dios escogida,
ahora es casa y es estancia
de los santos que la admiran
como sol que en calle Feria
vino a alumbrar nuestras vidas.

La busco en la Magdalena,
en la blancura que abriga
las alas y el corazón
de su belleza infinita.
Y la encuentro entre el jacinto,
entre el marfil que desliza
los pliegues de un arcoiris
que sólo su rostro eclipsa.
Por el compás, su elegancia
avanza en justa medida

y el tiempo quiere pararse
por Bailén de atardecida,
sin dejar de contemplarla
con su salve en letanía,
para encontrar el Amparo
que nos regala María.

De Feria a la Magdalena
todo ocurre en su medida,
no hay demás, tampoco menos,
es perfecta sincronía.
Son las luces, los reflejos,
lo fugaz, la alegoría,
el aroma, las ausencias,
lo que fue y lo que sería,
es el gozo de lo incierto,
el adiós que cicatriza,
es el todo y es la nada,
es final y amanecida,
es la gubia en la madera
que Balduque multiplica
en dos rostros tan humanos
que son puerta a la alegría.

De Gravina a la Alameda
sólo nos queda María,
para soñar que no acaba
lo que en su manto termina.
En ellas todo se alcanza
y en ellas todo se explica
para romper las distancias
entre su vida y la mía.
Si ella es Reina de los Santos,
si es Amparo que nos guía,
sólo nos queda dar gracias
porque su luz siempre brilla.
Y el otoño en media tarde
nos recuerda cada día
que en Feria y la Magdalena
vive tu gloria, Sevilla.



Juan Fernández Robles

Todos los caminos nos llevan a Dios

Habrán escuchado en numerosas ocasiones aquella frase lapidaria de que “el fin nunca justifica los medios”. Seguramente, y dependiendo del contexto en el que se pronuncie, puede que esta teoría no esté muy lejos de la realidad. Es cierto que en esta sociedad de las prisas, en la que todo está desnaturalizado y en la que lo individual prima siempre por encima de lo colectivo, hay quien hace uso de esta filosofía para alcanzar su objetivo, sea cuál sea, sin importar cómo lo logre ni las consecuencias que quedan por el camino.

Sin embargo, considero que precisamente en esta sociedad tan alejada de los valores huma-

nos más fundamentales, y empeñada también en cerrarle la puerta a Dios para dejarse seducir por otros ídolos mundanos, hay medios sobradamente justificados para acercarse al fin de abrazar la fe de nuestro Evangelio, para ver en la cruz vacía el triunfo de la vida, y para encontrar en la Santísima Virgen un modelo de aceptación y de compromiso con el que ser mensajeros de la Buena Noticia en cada momento de nuestra vida. Si Dios es nuestro fin, nuestra meta, está claro que todos los medios son una buena oportunidad para llegar hasta Él. Y en eso, nuestras hermandades de Gloria son un verdadero ejemplo frente a la pasividad de esta sociedad en la que nos ha tocado vivir.

Vosotros, más que nadie, sabéis de la importancia de estar unidos para engrandecer a Dios a través de su bendita madre o del ejemplo de los santos. Vosotros, más que nadie, sabéis que ningún reto es sencillo de alcanzar y que sólo por el compromiso de todos, sin dejar a nadie atrás, es posible hacer real sueños que han parecido inalcanzables. Vosotros, mejor que nadie, sabéis que la constancia es la única forma de no cejar en el intento, de no desfallecer cuando el viento sopla de cara. Vosotros, más que nadie, sabéis que nada es sencillo pero que cada logro alcanzado sabe, aún sin quererlo, a la satisfacción de

un amor a Dios que todo lo puede, que todo lo espera y que todo lo da.

Por todo esto, y por muchas más cosas, las hermandades de Gloria os habéis convertido en una gran familia en la que la felicidad de uno es la de todos, en la que la sonrisa de uno se contagia en el resto y en las que los reveses de la vida se comparten y se alivian en el hombro de cada compañero. Y ese es el mejor legado que podemos dejarles a las nuevas generaciones, a esos niños que estrenan su cirio en el cortejo de una hermandad de Gloria, que han correteado por primera vez en una pequeña capilla mientras sus padres limpian la plata o colocan las últimas flores al paso. Esos niños, los que han sido, los que son y los que vendrán, para que el espíritu de las Glorias se mantenga siempre vivo, como esa llama de la fe que por más que arrecie la ventisca de la secularización, jamás terminará por apagarse.

Bien lo saben esos niños, hoy jóvenes y mayores de varias generaciones, que han crecido a la fe siguiendo el ejemplo de la obra de San Juan Bosco y el abrazo eterno de María Auxiliadora. Una devoción salesiana, bordada en el corazón celeste y rosa de sus herederos, y que late con el sentir único de Sevilla desde Triana a San Vi-

cente, desde Nervi3n a la Trinidad. Y siempre con Dios, siempre por Dios, con la certeza de saber que Ella lo ha hecho todo y que es el mejor camino para educar en el valor de la fe en medio de una sociedad que se empeña en vivir de espaldas a Ella.

Esa llama, esas familias, esos ni1os, tienen precisamente un espejo a mano en el que mirarse. S3, ese ni1o que en brazos de la Sant3sima Virgen, ya sea jugando con sus rosarios, abrazando al que lo mira, o durmiendo el sue1o de su gloria sobre su regazo, es camino para acercarnos a Dios por medio de su Madre. Es el medio para que los m3s peque1os, y todos sin distinc3n, aprendamos que las hermandades de Gloria son, por encima de todo, puerto de nuestra esperanza y puerta abierta al para3so de un ma1ana por descubrir.

Qu3 suerte tiene ese Ni1o
que est3 en brazos de Mar3a,
pues cu3nto amor no cabr3a
en su regazo de armi1o.

Ella mira con cari1o
y 3l va contando una historia
sostenida en la memoria

de siglos de devoción
pues el camino hacia Dios
siempre pasa por las Glorias.

Lo saben en los Terceros,
donde la Virgen nos narra
que se cumplió la Palabra
para encarnarse en su seno.

Ella, sagrario primero
de Jesús Sacramentado,
tiene en sus ojos grabado
que fue por su Encarnación
que se hizo hombre el Señor
para nacer por salvarnos.

Lo sabe por San Benito
quien se acerca a Valvanera,
fuente fecunda y serena
de los gozos septembrinos.
Su niño es un peregrino
que bajo el roble pregona
que aunque nació en La Rioja
Ella reina en la Calzá,

el barrio en el que será
su sempiterna patrona.

Lo saben por San Esteban
cuando va y cruza la ojiva,
clasicismo en perspectiva
que la oscuridad condena.
Ella es Luz radiante y plena
y es perfecta simetría,
es verso y Ave María,
y es rostro de porcelana
con su sombra reflejada
de Imperial a Calería.

¿Te has fijado en la sonrisa
del Niño en la Judería
cuando mira a la Alegría
y su hermosura divisa?
Si todo en su amor precisa
primaveras y rosarios,
suene a gloria el campanario
cuando el fervor es delirio,
por Levíes y por Vidrio
y el convento mercedario.

Lo cuenta también la historia
de esos hombres de Aragón,
dejando tu devoción
como hazaña meritoria.
Tú el Pilar y la victoria,
Tú la Estrella y la medida,
España nunca vencida,
amor a ese Niño maño,
por casi ochocientos años
de tu llegada a Sevilla.

Lo cuenta en los Pajaritos
el Niño en la Candelaria.
Misión, caridad y plegaria,
sevillanizando el rito.
Su madre, fruto bendito,
va a presentarlo en el templo
y su barrio es el ejemplo
de que la fe y el amor
pueden con la sinrazón
si María es su argumento.

Lo cuentan en su inocencia
los que nacen al saber,
buscando por el Claret
su Inmaculada presencia.
Todo a su lado es querencia,
todo es nostalgia y pasión,
adolescente adicción
y escapulario primero
por sentirnos misioneros
de tu inmenso corazón.

Lo cuentan aires jienenses
del Niño y la Morenita,
Andújar tierra bendita
que en Feria se hace presente.
En el Cerro de mi mente
todo mi ser se embelesa,
mi aceituna en tu Realeza
quisiera entregarte mi alma,
siempre en San Juan de la Palma,
mi Virgen de la Cabeza.

Lo cuentan esas dos flores
que habitan en San Julián.

Hiniesta Sacramental
del Amor de los Amores.
La ciudad te rinde honores,
y patrona te proclama,
dulce aroma de retama,
que al pastor vino a decir:
«mi reino no estará aquí,
pues yo nací sevillana».

Y el Niño es bella criatura
que en los brazos del Rosario
halla el amor necesario
prendido de su ternura.
Todo a su lado es clausura
que en Santa Paula la espera,
y en Santa Isabel veneran
su devoción ancestral,
que renace en San Julián
para gloria de esta tierra.

¿Y qué me dicen de aquel
que tantos suspiros roba,
sus mejillas de amapola
y su nacarada piel?

Sus dedos son el pincel
que entre juegos infantiles
va dibujando perfiles
de tal mariana virtud,
su Virgen de la Salud,
dulce sueño de marfiles.

El Chato en San Isidoro
pretende ser polizón
que anide en tu corazón
y luego ser un tesoro.
Su cara es pregón sonoro
y revuelo en campanillas.
Su Madre, mujer sencilla,
Salud envuelta en sonrisa,
lo abraza en cada caricia,
al verlo en la Costanilla.

¿Entiendes por qué decía
que el secreto de las Glorias
va aferrado a la memoria
de los brazos de María?
El Niño que es su alegría
va jugando entre sus manos,

envidia del sevillano,
que quiere ser el primero
en anidar en tu cielo
para estar siempre a tu lado.



Elena Montero

Mi vida en manos de María

Han pasado casi seis meses desde aquella llamada de teléfono que cambió por completo mi forma de afrontar la vida y de atacar los tiempos. En todo este ir y venir de emociones, en este repaso diario de mi conciencia y mi memoria, en este nerviosismo inquieto que me hacía detenerme cada día en lo incierto de la espera, he aprendido a descubrir una forma distinta de acercarse a Dios a través de las Hermandades de Gloria.

No seré yo quien aproveche este momento para lanzar en mis palabras una especie de dogma del “bienquedismo” tan propio de esta tierra para asegurar que como vosotros no hay ninguno, ni tampoco seré yo quien os regale los oídos

con piropos exacerbados que flaco favor hacen a aquellos que verdaderamente se desviven cada día por engrandecer la devoción a sus titulares. Pero sí quiero dejar constancia de todo el cariño, de tantísimos buenos deseos y de tanto amor recibido en cada una de las hermandades que me han abierto las puertas de sus casas, de sus iglesias y de sus corazones para acompañarme en este camino al atril de los sentimientos en el que hoy presto mi voz para que vuelva a la vida el espíritu inagotable de las Glorias en esta bendita tierra de la gracia.

No sabéis cuánto bien me habéis hecho. No os imagináis cuánto me han reconfortado vuestras oraciones en los momentos de debilidad que han surgido a lo largo de todo este tiempo. De cada uno de vosotros me llevo ese abrazo sincero, esa felicitación envuelta siempre en una sonrisa, esa mano sobre el hombro mientras rezábamos delante de la Virgen, ese pañuelo de fe y esperanza que hoy prende del bolsillo de mi chaqueta, esa estampa pasada por el manto que hoy envuelve las pastas de este pregón, ese alfiler de su encaje, ese beso, esa emoción, ese recuerdo. Os aseguro que me harían falta varias vidas para devolveros todo lo que en estos seis meses me habéis regalado sin merecerlo, superando con creces cualquier expectativa que este pre-

gonero pudiera tener y siendo incapaz aún de ponerle palabras a unos sentimientos que, eso sí os lo aseguro, se quedarán por siempre grabados a fuego en lo más profundo de mi alma y me harán estar en deuda con cada uno de vosotros de aquí a la eternidad.

Cómo olvidar aquel primer día, aquel primer encuentro con la Santísima Virgen de la Milagrosa en Ciudad Jardín. Tengo grabado a fuego en la memoria aquella eucaristía, en la que mi buen amigo Manolo Martín Fajardo fue enseñándome a recorrer el camino de la felicidad que me ha traído hasta aquí. Aquella primera homilía, aquella oración maternal que nos sirvió a todos como preparación para la salida de la Milagrosa por las calles de su barrio en aquella fría mañana del mes de noviembre. Cierro los ojos y vuelvo allí: a aquella primera levánta por Charo, la historia viva de la piedad popular según la entiende Ciudad Jardín y sus ojos emocionados cada vez que nos habla de la Virgen, aquel abrazo compartido con mi amigo Carlos Valera justo antes de dar su primera chicotá bajo el paso, el cariño inagotable de Javi de Martos, ese Hermano Mayor que sabe abrirte cómo nadie las puertas de su casa y que es capaz de hacerte sentir uno más de esa familia con sólo cruzar la puerta, y, como no, aquellas primeras

chicotás al despertar el día, rodeadas de ilusiones y sueños adolescentes de todos los jóvenes cofrades que con su banderín acompañaron a la Milagrosa. Sólo te pido Madre, que esa luz que emana de tus brazos extendidos nos cubran a todos en nuestra vida y derramen las gracias de Dios sobre cada uno de nosotros.

Luego vinieron más gozos, casi incalculables, que fueron dándome las fuerzas necesarias para afrontar cada página en blanco de este pregón: aquella novena a la Pura y Limpia en el convento de la Encarnación y su procesión triunfal en pleno ecuador del Adviento, el hermoso detalle de las pastas que han cobijado mis palabras y que me entregaron mis hermanos en el mudéjar de San Luis de la Divina Pastora, la salve en el Postigo, los besos inmaculados a la Pastora en Santa Antonio y el encuentro inolvidable con la Virgen de Montemayor en ese paraíso de la gloria de Moguer, patria celestial de su devoción, que anida y se hace vida en San Juan de la Palma, donde su sola presencia nos recuerda, como dicen los versos que te canta tu pueblo, que eres cielo, luna y sol de los días de nuestro caminar y que con tu amor se abona cada surco al andar.

Y cómo olvidar la corriente de agua viva por la que navegué junto a la Virgen de Guadalupe en

el tiempo de Esperanza que me llevó a soñarla en un Rosario de Dos de Mayo, el beso a la Divina Enfermera que hace años sanó mi corazón cuando me atrapó por siempre entre sus manos salvadoras, o la llegada de la Pascua ante la belleza intrigante de Araceli en San Andrés, con el alma rebosante de vida por admirar a la Pastora en su cielo terrenal de Triana, donde además descubrí la belleza de esa Pura y Limpia que es espejo de la Esperanza de la calle Pureza, o en el oasis de ternura que mana del corazón alado con el que te atrapa la gracia suprema de la Virgen, que nos tiene y nos protege bajo su Amparo.

Pero la vida, que siempre me ha puesto en mi camino a personas de gran corazón de las que tanto he aprendido, me ha regalado la suerte de conocer a gente de bien como mi buen amigo Luis Aparcero. Él no sólo ha sido el mejor embajador de la Esperanza más antigua de Sevilla que reina en San Martín sino que también me abrió de par en par las puertas de Santa María la Blanca para admirar la belleza arrebatadora de la blancura celestial de la Virgen de las Nieves, que ahonda en la memoria del olimpo de las artes que la envolvió de maravillas para que Ella derrame su gracia cada día a quien se acerca a sus plantas de madre buena.

Hay cielos de yeserías
y barroco en los altares,
mármol rojo en los pilares,
torre, coro y sacristía.
Hay bóvedas, geometrías,
capillas, tallas tan bellas.
Hay luces, lienzos y estrellas,
Murillo, punto y aparte,
hay tantas obra de arte
y ninguna es como Ella.

Camarín de amanecida
que tu hermosura refleja,
grandeza que se asemeja
al concepto y la medida.
Azucena florecida,
del edén de tu virtud,
blancura que en la quietud
se refleja en los jardines,
bello aroma de jazmines
que perfuma Santa Cruz.

Todo es fiesta y esplendor,
luz que del sol se adueña

de la leyenda agostea
que forjó tu devoción.
Si en ti sigo viendo a Dios,
como Justino de Neve,
caigan del cielo tus bienes,
niveo color esperanza,
que ante ti todo lo alcanza,
por la Virgen de las Nieves.



Con cada una de estas vivencias, a las que habría que sumar innumerables momentos más, algunos de ellos guardados en lo más privado de mi ser pero que jamás podré olvidar, caí en la cuenta de que las Glorias llevaban toda una eternidad formando parte de mi vida, de una forma más intrínseca y personal de lo que yo he podido darme cuenta. Hace unas semanas, justo a las puertas de la parroquia de San Ildefonso, una buena amiga, que en su responsabilidad institucional ha dado lo mejor de sí por las hermandades de Gloria, por los jóvenes y por la formación de los cofrades, me dijo que el mejor consejo que podría recibir en estos días era que fuese yo mismo, sin aditivos, y que adivinara en las esquinas de mi alma todo lo vivido y todo lo sentido en estos años para encontrar el sentido

de este pregón. Aquel consejo fue como un “milagro” y con el paso de los días entendí bien lo que significaba.

Todo ocurrió tal que así. Era un domingo de Cuaresma en el que el sol caía a plomo por el adoquinado de la antigua calle Real, hoy calle de San Luis. Las campanas de las parroquias del entorno llamaban con rebeldía a misa y, con el tiempo justo de pronunciar un ‘buenos días’ a quienes allí nos esperaban, llegamos a la parroquia de San Gil para celebrar una eucaristía con los hermanos del Carmen. Sentado en ese primer banco, sentí en mi rostro una sonrisa que no se apagaba. Era una sensación inusual pero a la vez era como si ya la hubiese sentido antes. Todo a mi alrededor sabía al calor de mi casa. Las luces, las voces, los aromas, el recuerdo y la nostalgia me llevaban a soñar con tantos momentos vividos en el interior de aquella parroquia de San Gil, desde que siendo un niño descubrí que Dios habitaba en aquel palacio mudéjar que era hogar de María como Esperanza, como Rocío y como Carmen. Terminada la misa, tuve la suerte de acercarme a Ella, que nos esperaba tan hermosa como siempre en el altar de su capilla. Allí estaba esa mujer, centenaria vecina de la Macarena. Hermosa en su morenez, racial, castiza y eminentemente sevillana, que

como ascua de luz reflejaba en su belleza el rostro de tantas mujeres del barrio que han llevado su nombre, Carmela, como el más hermoso escapulario de su fe.

Yo escuchaba voces, palabras, oraciones y algún que otro saludo que quedaban en un segundo plano, pues mis ojos sólo estaban en Ella. En mis manos, agarrado con la fuerza de la emoción, un escapulario carmelita que me hacía llevarme un trozo de San Gil en mi corazón y que desde entonces bendice mi casa. No sé cuánto tiempo pasó pero sí que al apagarse la última de sus velas entendí que era la hora del adiós. Al salir, una señora que con todo cariño me había dado la Paz durante la eucaristía, me tomó de la mano y me dijo que ella sabía que la Virgen no se apartaría de mí. Luego supe que aquella voz arrugada pero radiante de vida ocultaba una ceguera que le impedía ver con los mismos ojos que nosotros a su Virgen del Carmen. Sin embargo la veía con el alma y eso era suficiente para sentirla como eterna protectora y piropar por siempre su belleza. Ella se llama Maruchi y al despedirme entendí que hay tantas mujeres como Ella, que sólo ven a Dios y a su Madre a través de nuestras torpes palabras. ¡Qué responsabilidad! Ay Maruchi, no sabes cuánto me has enseñado... Qué la Virgen del

Carmen te lo devuelva en salud, que yo hoy te
doy las gracias a mi manera...

Mis versos quieren contarle
lo que no ve con sus ojos
aunque tenga cierto enojo
por no poder contemplarle.
En su nombre voy a hablarle
de lo hermosa que es su cara,
de su piel canela y clara,
del azabache en su pelo
y del tacto a terciopelo
que descubro en su mirada.

De la blancura en su manto
y del marrón en que habita
la devoción carmelita
que borda en oro su encanto.
De la muralla y del arco,
de calle Parras en fiesta,
de cuando vuelve dispuesta
a encontrarse a la Esperanza
y su paso el atrio alcanza
para repetir la gesta.

Podría alargar mi glosa
en tu infinita belleza,
en la capilla en que reza
la devoción más hermosa.
¿Pero sabes una cosa?
San Gil en su eterno cielo,
flor bendita del Carmelo,
quiso soñar tu memoria
para que fueses la Gloria
de tu barrio macareno.



No quiero dejar atrás este recorrido por las vivencias que me ha dejado este viaje al corazón más puro de las Glorias de Sevilla sin regresar por un momento a aquel lugar en el que descubrí todo el pasado que habitaba en mi presente. Vuelvo a esa puerta de San Ildefonso porque debo darte las gracias, vuelvo a ese sábado de Cuaresma en que acudí a tu llamada sin saber que aquel encuentro me abriría el recuerdo dormido de mi familia. Fue curioso porque precisamente lo primero que allí me encontré fue exactamente eso, una familia hecha hermandad que me recibía con los brazos abiertos. Ese án-

gel de la guarda de los pregoneros de Sevilla, mi Rosa García Perea —no sabes cuánta vida da tu sonrisa— fue quien me llevó de la mano, junto a su Ángel en esta tierra, a encontrarme con la Virgen de los Reyes, hermosamente vestida de morado para vivir la Cuaresma.

Rezamos y nos acercamos a Ella a través de la Palabra y, por qué no, a través de otros hijos suyos que me ofrecieron su cariño como Javier Tarno, mi admirado Miguel Andreu, y mi hasta entonces desconocida Pilar Torras, hermana mayor, que ha resultado ser compañera de profesión y profesora de mis dudas en no pocas noches de encuentro fraternal en torno a las hermandades de Gloria de esta Sevilla. Todo fue felicidad y satisfacción, porque hay cosas que no se impositan ni se pueden disimular. Y eso, precisamente, ocurre con el cariño, que no es artificial y que no es capaz de esconderse cuando es real. Seguramente por eso, su empeño y el de los que estuvieron antes, han logrado que la devoción centenaria a esta Virgen de los Reyes resurja como Ave Fénix de la memoria olvidada de la ciudad para convertirse en un preciado tesoro que cada año nos regalan bajo ese cielo del palio de tumbilla en el que caben todas las oraciones de los sevillanos.

A todos gracias. Y a Ella especialmente, patrona de los Sastres, protectora de todo ese gremio que es bandera de esta tierra y que ha sacado adelante a tantísimas familias tras el esfuerzo que se esconde en un patrón, en una aguja o en un dedal. Familias como la mía, pues como nieto de sastre, siempre estaré en deuda con la Virgen de los Reyes por habernos protegido y guardado bajo su manto desde que hace un siglo nacieran nuestras raíces en aquella aldea de Barco de Ávila, al pie de la Sierra de Gredos, hasta ver cómo brota ya la cuarta generación de una familia que es el legado y el mayor orgullo del sastre Olaya, mi abuelo, que 30 años después de su adiós sigue cortando trajes de amor a los que en este mundo lo añoramos y seguimos echándolo de menos.

Hay por la Alfalfa una Reina
que es divina costurera
de las almas que la buscan
y del gozo que la encuentra.

Hay una torre que cose
las heridas de la ausencia
y unas campanas que anuncian
sus cultos cuando ya llegan.

Hay un altar que preside

con San Fernando de cerca
y en que San Hermenegildo
la protege y la venera.
Hay un retablo que habla
de su más pura existencia
y una corona en sus sienes
que la envuelve de realeza.

Hay una historia de siglos
que ocho veces se escribiera,
una por cada centuria
que en tu nombre se viviera.
Hay una hermandad de Gloria,
la tuya, para más señas,
que es de todas la decana,
y de esta ciudad bandera.
Hay una imagen antigua
que aunque no fue la primera
fue la visión del Rey Santo
cuando conquistó esta tierra.
Hay un recuerdo que hilvana
tu gremio y las tres iglesias,
antes que San Ildefonso
en tu hogar se convirtiera.

Hay un rostro que emociona
sólo con verlo de cerca
y en el gótico descubre
los rasgos de su belleza.
Hay unas manos de Madre
que son puerto al que regresan
los amores marchitados
y que siempre fueron de Ella.
Hay un palio de tumbilla
que tiene un cielo de estrellas
y una luna que a sus pies
viene a envolver su silueta.
Hay un niño en sus rodillas
que entre los encajes sueña
con ser el divino infante
que nació de esa azucena.

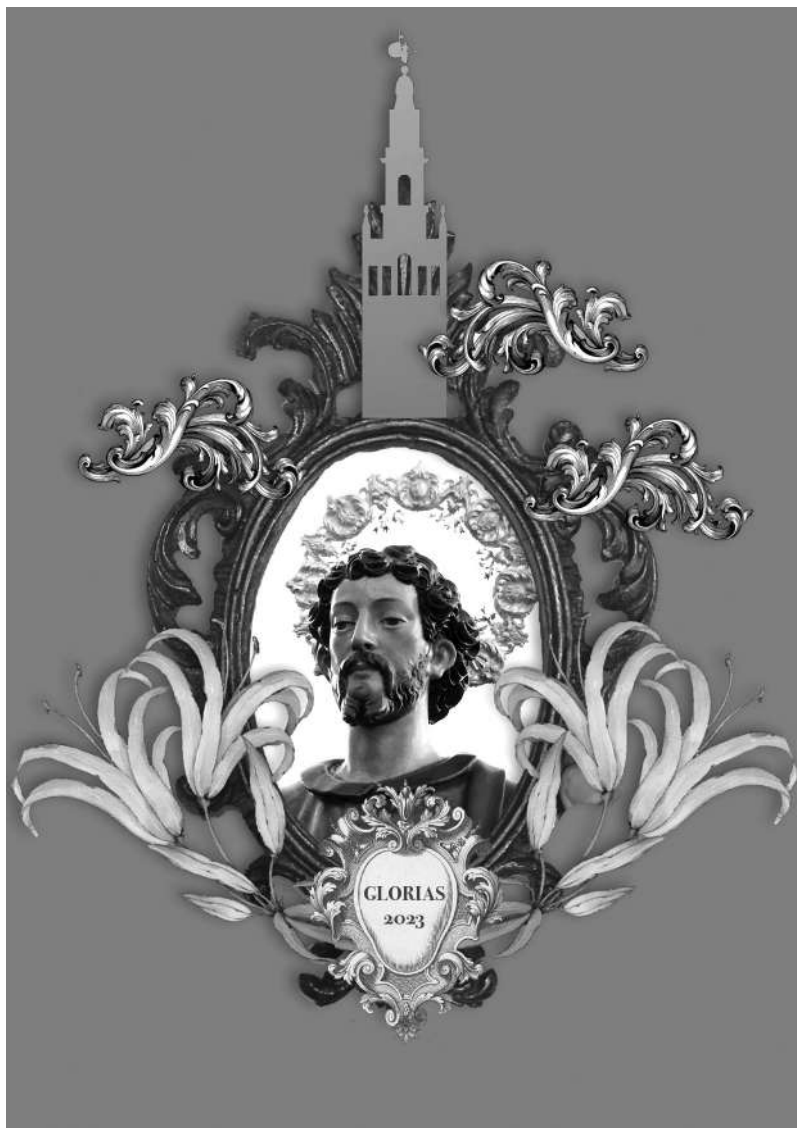
Hay además en mi vida
un recuerdo y una herencia
que me dejó el sastre Olaya
aunque yo no lo supiera.
Mi abuelo estuvo a tu lado,
pidió que lo protegieras,

y treinta años después,
ahora soy yo quien te encuentra.

Déjame darte las gracias
por llamarme a tu presencia,
por recordar de tu mano
a quien tan joven se fuera,
de quien extraño sus besos
y del que un día aprendiera
que con trabajo y constancia
puedo alcanzar cualquier meta.

Por eso no tengo dudas
que esa tarde de Cuaresma,
no fue un encuentro casual,
Tú querías que estuviera.
Hay por eso tantas cosas
que agradecerte quisiera,
que sólo puedo ofrecerte
mi tiempo hasta que tú quieras.
En ti que habita lo hermoso,
en ti que hay luz verdadera,
que hay historia, devoción,
e infinitas primaveras.
En ti por siempre mi amor,

en el legado y el lema
con que Sevilla da gracias
y por ti los Reyes, reinan.



Rafael Laureano

El ejemplo de San José Obrero

No en pocas ocasiones habrán escuchado que nos ha tocado vivir en una sociedad que cada día está más deshumanizada y en un mundo en el que vemos las consecuencias del egoísmo, de los personalismos y de la falta de valores. Una decadencia social que nos hace mirar a nuestro alrededor con la desazón de encontrar que formamos parte de un mundo en el que las injusticias y la falta de compromiso son los perfectos ejemplos de la pandemia de insolidaridad que nos rodea. No es fácil presumir de una sociedad en la que abundan las guerras, la pobreza, la ausencia de amor al prójimo y la desesperanza. Pero frente a ello, nosotros contamos con la fe como gran aliada para romper las cadenas de

este dolor que nos secuestra y que debe transformar la vida en oasis de generosidad, ayuda y encuentro fraternal con nuestros hermanos.

Tampoco es sencillo hacer protesta pública de nuestra fe en medio de esta sociedad que nos ha tocado vivir. Pero frente a ello es más que necesario que los cristianos enarbolemos la cruz vacía como símbolo de que Cristo venció a la muerte y al pecado, y de nuestra pertenencia a la Iglesia como la gran familia de Dios que siempre nos acoge. A veces, esto que puede parecernos como algo lógico se convierte en un reto de grandes dimensiones nada sencillo. Pero, por desgracia, no es algo nuevo. A lo largo de la historia de la humanidad también ha ocurrido algo muy parecido. De hecho, el propio Cristo fue el primer perseguido de todos e, incluso tras su muerte, los primeros seguidores de Jesús se vieron obligados a esconderse para mantener sus primeros encuentros en comunidad. De aquello han pasando ya más de dos mil años y, sin embargo, hoy siguen existiendo lugares en este mundo donde profesar la fe en el Evangelio de vida de Dios es una aventura que incluso pone en riesgo la integridad de algunos de nuestros hermanos.

Pero no podemos darnos por vencidos, ni bajar los brazos. Nuestro ser cristianos nos hace con-

vivir con la fortuna de sentirnos hijos de Dios, de ser portadores de un mensaje de esperanza que tiene en el perdón a su mejor aliado, de saber que la vida siempre acaba ganando la partida a la oscuridad y a la muerte, y de que nuestra mejor defensa sea ese mandamiento del amor que nos regaló Dios, dejándonos como lema para nuestras vidas aquel “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”. Una lección de compromiso que siempre debe alumbrarnos para dar luz y calma en los momentos de más dificultad.

Y es en estos momentos, en medio de este mundo que se empeña en cerrarle la puerta a Dios, cuando debemos alzar nuestra voz con más fuerza para hacer llegar a todos nuestros hermanos la alegría del Evangelio, la certeza de que estando al lado del Señor nada hay que temer, y la esperanza de que la Santísima Virgen, nuestra madre, es la abogada celestial y mediadora de todas las gracias concedidas, además del puerto seguro en el que anclar nuestra vida para alcanzar la calma, la paz y la felicidad necesarias para afrontar nuestro día a día. Pero no debemos olvidarnos del ejemplo de nuestros santos, mártires de una fe que incluso llegaron a entregar su vida por Dios y por los más necesitados, y cuyo legado sigue siendo hoy imprescindible para no

dejarnos vencer en los momentos de debilidad que todavía nos amenazan.

Cuánto saben de esto las hermandades hagiográficas de Gloria de Sevilla, que tienen a estos hijos de Dios, santos seguidores de Jesús, en el centro de su existencia. De ellos debemos aprender. Es más, debemos ser como ellos.

Ser como San Onofre, aquel ermitaño que renunció a su riqueza terrenal para buscar el encuentro con Dios, en la más absoluta soledad y en lo más profundo de su interior. Él dejaba que su alma rebosara de Dios para que otros pudieran descubrirlo. Y hoy día, a través de sus hermanos en ese oasis de fe de su capilla de la Plaza Nueva, es el refugio perfecto para acompañar al Señor en la Eucaristía, en esa adoración perpetua al Santísimo que alimenta alma y espíritu.

Ser como San Hermenegildo, aquel rey mártir que la Iglesia venera como patrono de los conversos y cuya devoción arraigó en Sevilla hace casi ocho siglos, cuando la ciudad se restauró al cristianismo en aquella hazaña sin par de San Fernando. Como él, debemos ser capaces de encontrar a Dios en su presencial real en la Eucaristía, y como sus devotos, miembros de su hermandad, estar al lado de los pobres y los enfermos para curarlos y cuidarlos. Entonces, hace

más de cinco siglos con aquel hospital que fundaron, y hoy, con el impulso de una hermandad que en la Puerta de Córdoba ha sacado de su letargo la devoción a este Rey Santo al que Sevilla siempre se ha confiado.

Ser como Santa Lucía, otra mártir de nuestra fe que fue perseguida por tener a Dios en el centro de su vida y al Espíritu Santo como guía confortador. Ella, que en Sevilla se ha alzado como una de esas devociones de gloria más arraigadas en el calendario de nuestra ciudad, debe ser ese espejo en el que se miren aquellos que han perdido la fe. Como abogada de los ciegos, su ejemplo debe ser capaz de abrirnos los ojos al encuentro con Dios, de ofrecernos luz en medio de la tiniebla para que nunca abandonemos esa senda que tiene en su altar de Santa Catalina el reflejo de una forma de buscar a Cristo de la que debemos seguir aprendiendo cada día.

Ser como San Antonio de Padua, el origen devocional de la piedad popular que rebosa en el alma de Torreblanca, un hogar de Dios en Sevilla, un barrio rebosante de buena gente, de buenas almas y de un compromiso admirable. Nadie quiere más a San Antonio que los vecinos de Torreblanca, y así lo demuestran cada año cuando llegan sus cultos. Y así debemos hacerlo

nosotros para ver en él a ese santo predicador desde el que gritar al mundo que la fe en Dios es el mejor aliento para los corazones vacíos.

Ser como la devoción que reside en la calle San Jacinto y que tiene a San Francisco de Paula y a las santas sevillanas Justa y Rufina como estandarte de la constancia, como la fe que sostiene el barrio de San Bernardo en honor a la fortaleza de Santa Bárbara. Y, por supuesto, ser como tú, San José Obrero, que en esta noche de mayo me estás abrazando con tu bondad infinita para hacerme sentir en la calma de Dios. Tú que has sido para todos el gran ejemplo de la aceptación, de la constancia, del otro sí a Dios sin matices, de una fidelidad suprema que nos ha hecho tenerte siempre como referente de una fe en Cristo que no entenderíamos igual si tú no hubieras estado al lado de la Santísima Virgen en cada momento. Como estuviste desde aquel día en que el Ángel le anunció la Buena Noticia de su Encarnación, como estuviste en aquel pesebre de Belén en el que Dios nació a la vida para salvarnos del pecado, como lo hiciste en esa infancia de Jesús y en todos los momentos de tu vida hasta el día en el que fuiste llamado a la Casa del Padre para contemplar en el paraíso el verdadero rostro del resucitado.

Sevilla repica hoy gloriosa por tenerte en esta casa mayor de la cristiandad para celebrar en tu presencia el gozo de las Glorias según lo entiende esta tierra. Tú eres el verdadero ejemplo de todo este amor a Dios que se hace real en la piedad popular de esta ciudad, como se hace presente en las calles de ese barrio que te tiene como patrón perpetuo de sus calles, de su parroquia, de sus vecinos y de cada una de esas personas que han fortalecido los cimientos de tu hermandad, que es un verdadero referente del compromiso con la Iglesia de Sevilla y con el amor al prójimo. Yo, como vecino del barrio que amanece cada día dándote las gracias por tenernos bajo tu amparo, soy testigo de esa verdad que se vive en San José Obrero y que se sustenta en ti, bendito carpintero, reflejando el cariño de todos estos hijos tuyos que han creado una gran familia en tu nombre. Por eso y por tantas cosas...

Quisiera aprender a ser
como el santo carpintero:
humilde en su fortaleza,
tenaz en lograr su empeño,
valiente en su aceptación,
constante ante el desespero,
generoso en su entender

y sensato ante lo incierto.

Quisiera aprender de él
para que fuera mi ejemplo,
porque su lección de amor
es el modelo perfecto
en que afianzar nuestra fe
para no poner ni un pero
a la voluntad de Dios
y al credo de su Evangelio.

Quisiera mirarme en ti
y que fueras el espejo
para aquellos días grises
en que lo intento y no puedo,
cuando me aprieta el cansancio
y parece que no llego,
cuando la noche me agobia
y el amanecer que espero
se funde en la lejanía
de la crueldad de los tiempos,
cuando me ahoga el dolor
y ya no encuentro consuelo,
cuando falta la esperanza
y se hace eterno el silencio.

Cuando todo eso sucede,
siempre sales a mi encuentro.

Qué suerte tenerte aquí
como santo mensajero
de esa Palabra de Dios
que es bálsamo de mis miedos,
que es la cura de mi herida,
que es la fe a la que me adhiero
para alcanzar la templanza
de la gloria de tu puerto.

Que suerte tiene Sevilla
de verte en este momento
triunfante en la Catedral
cumpliendo lo que era un sueño,
de tantos hijos del barrio,
los que están, los que se fueron,
que han querido estar contigo
en este magno festejo.

Soy feliz por verte aquí,
pero soy feliz por ellos,
mis vecinos, mis hermanos,
que han hecho posible el reto

y ahora ven recompensados
el cansancio y el esfuerzo
porque el santo de mi barrio
ya preside el Jubileo.

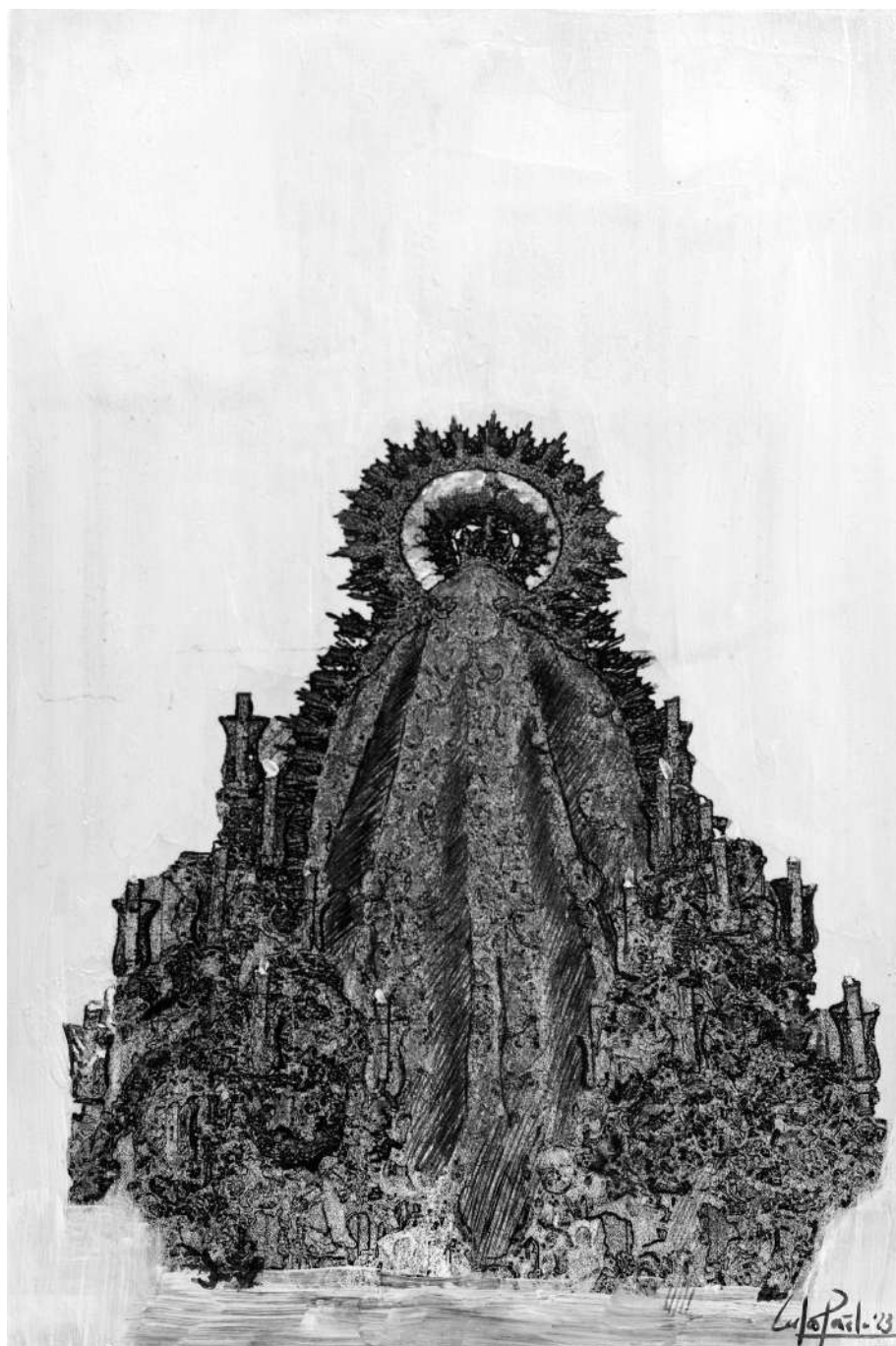
Qué orgullo deben sentir
aquellos que os precedieron,
seguro que el padre Víctor
se asomó a un balcón a verlo,
que Luis Álvarez Duarte
ha tallado un paso nuevo
y que repican a gloria
las campanas en el cielo.

Sólo nos queda vivir
la fiesta de tu regreso
en este mayo glorioso
de extraordinario recuerdo.

Este domingo distinto
que será como el primero,
y que quedará grabado
en los anales del tiempo.
Si ya te esperan tus calles
con sus balcones abiertos,
en San Juan Bosco, en Jabugo,

Iriarte, Nicasio Gallego,
Pinta y Mamá Margarita
y también en Samaniego
para desbordarse en gozo
cuando llegues a tu templo.

En tu vara de azucenas
nace mi vida a lo nuevo
y queda mi acción de gracias
por tanto como te debo.
Patrón de mi barrio en fiesta,
ofrenda de flor y versos,
soy el niño al que llamaste
con un cirial a tu encuentro
que hoy ha tenido la dicha
de poder ser pregonero
y así cantar en tu gloria
todo el amor que te tengo.
Y así será mientras quieras
sin despertar de este sueño,
sin que acaben estos días
en que latió el sentimiento
y el corazón de Sevilla
fue de San José Obrero.



Carlos Peñuela

Rosario de la alegría

Mira al frente. ¿La ves? Son los metros finales de esta procesión que ya avanza por las últimas calles de su itinerario. Es hora de que fluyan las emociones, de estos últimos anhelos que quedan en los suspiros. Poco a poco, que este canto a Sevilla debe cruzar todavía el puerto de la Esperanza, esos brazos de madre en los que habita la paz, el consuelo y la certeza de una devoción forjada por el paso del tiempo y guardada como un tesoro tras esa Muralla en la que descansa tu vida y la mía. Bien sabes, Madre, que buena parte de lo que soy te lo debo a ti, pues crecí viéndote en la estampas arrugadas por la fe de la casa de mi abuela, aprendí a ser nazareno dejándote sonriendo en el altar de la basílica y crecí

poniendo bajo tu manto mis preocupaciones y malos momentos. En todos los momentos de mi vida, en los duros pero también en los felices, fui capaz de sentirse siempre cerca, siendo esa Madre amable que nunca me soltó de su mano.

En ti, Rosario de la Alegría, me quedo por siempre. Quizás, porque nunca he dejado de estar tus brazos, como ese niño dulce que duerme en tu regazo y en el que a todos aquellos a los que no corre la sangre verde por las venas nos hemos querido parecer en algún momento de nuestras vidas. ¿No es cierto que tú, como yo, has soñado alguna vez con ser el Niño de la Virgen y esperar la eternidad de la vida acunado por su divina presencia?

Cada macareno se ha sentido por un momento como ese Niño risueño de la Virgen, como ese Niño que aprendió a disfrutar de la vida jugando en el Pumarejo, sobre los adoquines de Relator y en el universo sin tiempo del Pasaje de Valvanera. Y eso ha sido gracias a tantas y tantas mujeres que nos han transmitido el amor y el sentimiento puro del ser y pertenecer a un barrio que vive por y para la Madre de Dios. Cada uno ha tenido en su vida a su propia Virgen, a su propia guía y maestra de esta fe. La mía, como la Virgen, también se llama Rosario.

Rosario es una de esas mujeres nacidas al amor de la Esperanza. Ella, como tantas mujeres del barrio, creció en una familia de profundas raíces macarenas en la que aprendió que todo en la vida ocurre por Ella y sucede para Ella. Fue una niña feliz sin necesidad de tener lujos. Eso sí, nunca le faltó el cariño de sus padres, ni de sus abuelos, ni de esos vecinos del viejo corralón de los callejones en los que todos eran parte de una misma familia. Ella creció feliz sintiendo que la Virgen, aquella que llevaba su nombre y que era en sí misma un canto maternal a la Esperanza, la protegía y la guardaba cada día de su vida.

Rosario nunca se ha apartado de Ella y jamás ha dudado de que la Virgen no la ha dejado de lado ni uno solo de sus días, compartiendo con ella sus buenos y sus malos momentos. Y ahora, desde la atalaya de su senectud, desde su regalo vital de hermana, madre, tía y abuela, es ejemplo para toda la familia de una forma de querer a la Virgen que no entiende de distancias, ni de desaparegos, ni del paso del tiempo. Porque la Virgen está y siempre estuvo por encima de todo lo demás. Esa Virgen, la que lleva su nombre, la de rostro de marfil y mirada dulce, que es Rosario de la gracia en la vida de cualquier macareno y protectora y guarda de una fe que sin Ella no se entendería tal y como es.

Todos tenemos en la vida nuestra particular Rosario o como quiera que tú la llames. Aquella que nos tuvo entre sus brazos y en la que sentimos la paz necesaria para hallar el descanso. Por eso, ellas son como la Virgen. Por eso, nosotros somos como ese niño que duerme en su regazo y sueña con un barrio que es puerto, patria y bandera de la tierra de la Esperanza. Mi barrio, mi Rosario, mi herencia, mi familia, mi forma eterna de dar las gracias por ser lo que soy, por estar donde estoy y por sentir lo que siento hacia Dios y hacia su bendita madre.

A ti, mi Rosario, mi tía, mi ejemplo de la fe macarena, a ti mis gracias eternas por hacer de mi el eslabón familiar que hace posible que este amor no termine, que esta devoción se mantenga viva y pueda seguir siendo transmitida a las generaciones que habrán de venir. Y todo siempre en sus manos, en la manos de la Virgen, de ese Rosario de mi Alegría que es dulzura terrenal y amor divino y celestial para los que acudimos a Ella como principio y fin, mediadora de una gracia que no se acaba y se sustenta en la virtud eterna de su bendita Esperanza.

Rosario vengo a rezarte
con mi voz tu Ave María,

vuelvo de nuevo a buscarte
y en tu capilla admirarte
como de niño lo hacía.

Sublime joya y tesoro
del barrio que te venera,
el pentagrama sonoro
de mil piropos que a coro
te canta la Macarena.

Recuerdo de mi pasado
que en la memoria se abre,
callejones olvidados
y un corral de Adelantado
en el que nació mi padre.

Bello rostro de marfil
que enmudece en tu dulzura,
puerta al cielo en que vivir,
en la gloria de San Gil,
donde habita tu ternura.

Flor que nace en primavera
y que asoma presurosa,

aroma de hierbabuena,
oasis que mi alma llena,
y las más perfecta rosa.

Candor de noche estrellada
y luna que se arrodilla,
lucero de madrugada
que amanece en tu mirada
por las calles de Sevilla.

Prodigio de la templanza
y orgullo del verde patrio,
nueva bienaventuranza
que a todo tu barrio alcanza
cuando te asomas al Atrio.

Sol que nace en Resolana
cuando cruzas por el Arco
y que inunda la Muralla
al compás de las campanas
que dan la venia a tu paso.

Chicotá de la añoranza
cuando el barroco refleja

los cielos que en alabanza
son el puerto de bonanza
en que mi pesar se aleja.

Barcaza que va avanzando
por la fe de calle Parras.
Poco importa como y cuando
si Ella viene navegando
para conquistar las almas.

Hermosura en un esbozo
que la tarde nos descubre
abriendo la puerta al gozo
en un sueño de alborozo
cuando llega el mes de octubre.

Otoño de mil colores
que en tu rostro se despiertan,
verdor que aviva las flores,
rojos los besos y amores,
y azul manto de princesa.

Giralda de nuestra fe
que en tus manos se adivina,

azucena en oropel
que siempre vuelve a nacer
para alegrarnos la vida.

Carita de porcelana
que tu belleza acaricia.
Te contemplo tan humana
y eso que eres soberana
del dolor y la sonrisa.

Espejo donde mirarnos
para afianzar la oración,
el puerto para encontrarnos,
basílica en que acercarnos
al Evangelio de Dios.

Refugio del pecador
que va a San Gil a soñarte.
Frente al que sufre tu amor
como mejor solución
en tu regazo de Madre.

Ascuas de llama encendida
que ilumina el alma oscura,

farol de noche vencida,
calma que sana la herida,
prendida de tu hermosura.

En estos años con verte
me he sentido satisfecho
aunque he querido saberme
como ese Niño que duerme
con su cabeza en tu pecho.

Acógeme entre tus manos
y llévame hasta ese cielo
en el que el Dios soberano
tiene en su ojos grabado
todo el fervor macareno.

Porque en ti todo se alcanza
como me enseñó mi tía.
Mi barrio y una enseñanza:
«Sé siempre nuestra Esperanza,
Rosario de la Alegría».



Epílogo

Ahora sí. Ya están abiertas de par en par las puertas de la Iglesia y apenas nos restan los metros finales para culminar esta última chicotá. Es el momento de las últimas miradas, de los recuerdos de estos instantes que quisiera hacer eternos. Se acaba la procesión más hermosa de mi vida y, en sólo unos minutos, este sueño tan real y tan inesperado pasará a estar grabado a fuego en la memoria de la añoranza. Con los zancos rozando el mármol del templo, quiero agradecer el cariño recibido durante todos estos meses, los momentos únicos que he podido vivir en primer persona al lado de las hermandades y el abrazo de esas personas que se han cruzado en mi vida para darme su aliento y ofrecerme su

apoyo y sus mejores deseos de cara a este pregón que recorre ya sus últimas frases.

Quiero arriar los zancos en la confianza de que mis palabras hayan servido para despertar en vuestros corazones el deseo desbordante de vivir las Glorias de Sevilla en su esplendor. Es hora de apelar al silencio de estos muros catedralicios y de dar la venia a las calles, a las chicotás, a la música procesional, a las flores, a los balcones engalanados, a los vivos, a las lágrimas y a las emociones, a esa forma única que tiene nuestra ciudad de vivir su fe y su religiosidad popular a través de la Santísima Virgen y del ejemplo de los santos. Qué nada frene vuestro empuje, vuestras ilusiones y vuestras ganas de disfrutar. Salgamos pues a las calles a proclamar los gozos en este tiempo de Pascua en el que gritemos sin miedo que el Señor ha resucitado y que Sevilla se viste de fiesta para vivir la gracia letífica de todas sus hermandades. Es primavera y así seguirá siéndolo hasta que el último de los pasos pose sus zancos sobre el suelo, donde todo habrá acabado para volver a comenzar.

Gracias Sevilla por estos meses de felicidad que me has regalado. Sé que me harían falta mil y una vidas para poder devolver tanto amor recibido. Que nunca nos falten nuestras hermanda-

des de Gloria, que no os falten las fuerzas, ni cejéis en el empeño de mantener viva su grandeza y esplendor, que Dios nos dé salud para seguir encontrándonos en la delantera de un paso, que la Santísima Virgen nos siga guardando bajo su manto de madre y nos conceda la alegría de vivir, y que tú, San José Obrero, sigas siendo ejemplo de fe para una tierra, esta Sevilla de la gracia, en la que tuvimos la fortuna de nacer, de crecer, de enamorarnos, de ser felices, de vivir y de aprender a ser buenas personas y, por encima de todo, buenos cristianos.

Sevilla llegó la Pascua,
abre tus ojos, despierta,
ponte tus mejores galas
y presume de belleza.
Busca al azul de la tarde
y a los duendes de tu esencia,
que el gozo de la esperanza
viene a llamar a tu puerta.
Venga Sevilla, no tardes,
que el corazón se acelera,
que está latiendo la historia
al compás de tu grandeza,
y la memoria adivina

lo que ya viene de vuelta
mientras se alfombran las calles
con suspiros y promesas.

Venga Sevilla, es la hora,
¿no ves que todo se acerca?
que están repicando a gloria
las campanas de la iglesia,
que el sol viene reflejando
sobre el mármol y la piedra

la ráfaga y la corona
y el perfil de su silueta.
Venga Sevilla, es ahora,
que mayo viste de fiesta
y están jazmines en flor
y prestas las azucenas,
que está la marcha sonando,
con la cuadrillas ya puestas,
y hay emociones prendidas
de su celestial realeza.

Venga Sevilla, es tu tiempo,
todo está como si fuera.
Está el manto colocado

y está fundida la cera,
está el cielo improvisado
de flores y cadenetas,
está la vara, el cayado,
están las flores ya puestas,
están rezando el rosario
y empezando las novenas,
está el Carmen navegando
la devoción marinera,
está tocando a diana
el Simpecao en la carreta,
y soñando a esa patrona
por la que los Reyes reinan.

Venga Sevilla, no tardes,
que al fin se acabó la espera,
que está tu alma vibrando
por tan sublime grandeza.
Es tu tiempo y es tu hora,
es tu gozo y tu manera,
tu alegría desbordada,
tu singular quintaesencia.
Es tu luz y tus perfiles,
es el puerto y la veleta,

es suspiro y aleluya,
es tu gracia en primavera,
son los santos y es la Virgen
y el mismo Dios si quisiera,
son las Glorias y es Sevilla,
¡vamos al cielo con Ella!

He dicho.



Ricardo Gil





Consejo General
de Hermandades y Cofradías
de la Ciudad de Sevilla

*Este Pregón de las Glorias de Sevilla
empezó a escribirse el día 12 de diciembre de 2022,
festividad de la Virgen de Guadalupe.
Se terminó de escribir el día 1 de mayo de 2023,
fiesta de San José Obrero.
Finalmente fue pronunciado en Santa Iglesia Catedral de
Sevilla el sábado 13 de mayo de 2023,
bajo la presidencia de la bendita imagen de San José Obrero.
A.M.D.G et B.M.V.*

